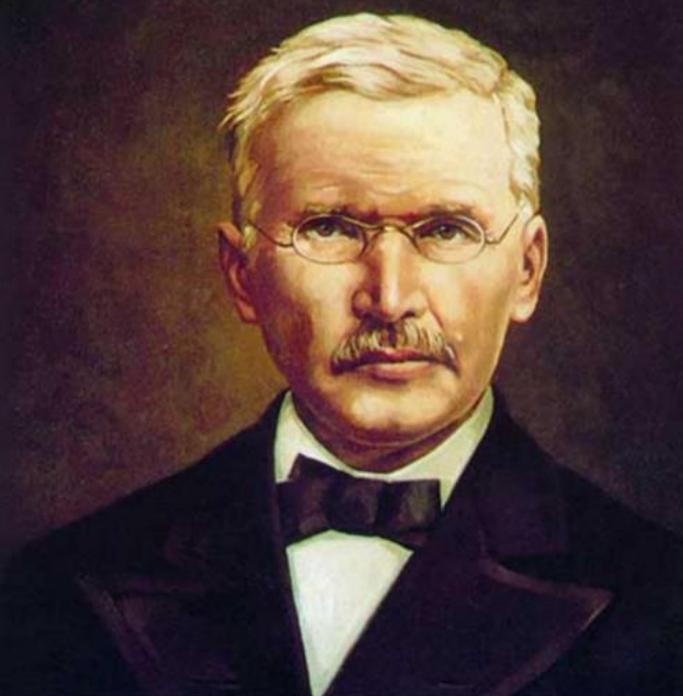


RAIFFEISEN



EL ALCALDE QUE VENCÍÓ LA POBREZA

Obra derivada de la producción de JESUS MARIA VIERA,
Compilada y ampliada Por Wilmer Chaves Tovar

Contenido

PRESENTACIÓN.....	3
EL USURERO	10
EL ESPECTRO DEL HAMBRE	24
LA UNIÓN	32
¿QUIÉN ERA FEDERICO GUILLERMO RAIFFEISEN?.....	48
EL ALCALDE	50
LA ESCUELA	60
ENFRENTANDO AL USURERO	71
LOS SACRIFICIOS DEL ALCALDE.....	87
ABISMOS DE DOLOR	95
LAS COOPERATIVAS DE AHORRO Y CRÉDITO.....	103
EL COOPERATIVISMO DE AHORRO Y CRÉDITO EN TODO EL MUNDO	117
DATOS DESTACADOS DE ALGUNOS DE LOS MOVIMIENTOS NACIONALES:	120
EL LEGADO	124
BIBLIOGRAFIA.....	126

PRESENTACIÓN

Wilmer Chaves Tovar

Estos tiempos que vivimos y que nos han puesto a prueba en medio del recogimiento y las limitaciones de movimiento por una pandemia que nadie esperaba, también nos han permitido llevar a cabo muchas acciones que estaban allí aplazadas y que con mil excusas sabíamos que debíamos hacer, pero no teníamos espacio o no las habíamos priorizado. Este libro es una de ellas.

El aislamiento nos mostró cómo el planeta se detuvo y la economía se estrelló estrepitosamente porque los artículos, productos y servicios suntuosos y los no necesarios, arrodillaron la economía del mundo. Los campesinos, los productores de todo aquello fundamental para la subsistencia están de pie y en muchos casos en tiempos favorables para sus ingresos económicos. La banca ha mostrado su cara más cruel y nos ha dejado ver su insensibilidad. Los gobiernos del mundo dejaron ver cómo sus estructuras bancarias hacen una presencia perversa en la economía, pero absolutamente necesarias en la dinámica social y empresarial de un mundo con un esquema cruel e inhumano.

"No olvidemos nunca esta verdad fundamental: el Estado no tiene más dinero que el dinero que las personas ganan por sí mismas y para sí mismas. Si el Estado quiere gastar más dinero, solo puede hacerlo endeudando tus ahorros o aumentando tus impuestos. No es correcto pensar que alguien lo pagará. Ese "Alguien" "Eres Tú". No hay "Dinero Público" solo hay "Dinero de los contribuyentes".
Margaret Thatcher

Desde el año 1996 inicié mi gestión social y solidaria en Colombia, desarrollé más de 57 organizaciones cooperativas en todo el país comenzando con las cooperativas de trabajadores, impulsadas por Coomeva para quienes presté mis servicios profesionales durante varios años. Conceptualicé para la Dirección Regional del Trabajo en cabeza de la Dra. Clara Lucía Molano un proyecto que buscaba regular las relaciones laborales de los jóvenes empacadores de las cadenas de almacenes de la región para lo cual se convocó a los supermercados de Comfandi, Olímpica y almacenes Éxito, finalmente, después de mucha insistencia de un grupo de jóvenes liderado por un entusiasta presidente del Consejo de Administración llamado Giovanni Giraldo, logramos superar la falta de credibilidad en la figura jurídica y en el proyecto, logrando el compromiso absoluto de Almacenes Éxito que se configuró como entidad promotora de la Precooperativa Futuro que se consolidó y luego dio como resultado otras dos precooperativas llamadas Creser y Nacer, que se mantienen activas con miles de asociados y millones de pesos de patrimonio, generando desarrollo social a nivel nacional, gracias al compromiso de la cadena de almacenes Exito, muchas críticas y reconocimientos a este trabajo pero el balance final es absolutamente positivo.

En 2004 asumí el reto con la Gobernación del Valle para dirigir el Programa "Valle Solidario" una iniciativa oficial que logró vincular a más de 17.000 asociados y convertirse en la primera incubadora de base no tecnológica que impulsó más de 39 empresas, de las cuales aún está funcionando más del 27%. Este proyecto desapareció como todo en este país, cuando cambió el mandatario de turno, pues como suele suceder en Latinoamérica, cada vez que cambiamos de gobernante parece que renace la vida y todo vuelve

a cero, perdiendo curvas de experiencia, esfuerzos, intenciones y sueños. No somos un país pobre sino desordenado. No planeamos y no hay un derrotero de país ni de región. Necesitamos urgente un plan de largo aliento, que no pueda ser cambiado cada vez que cambiemos de gobernante y que sus caprichos o sus pretensiones no sean las que definan el futuro de todos. Un plan de Nación de 20 o 30 años donde los candidatos ganen sus escaños de acuerdo con sus capacidades para alcanzar los objetivos y presupuestos del plan.

No existe un derrotero para medir un buen o mal gobernante, el único referente es su nivel de aceptación o popularidad, muchas veces a cargo de empresas estadísticas, a veces pagados por el mejor postor, pues estos datos son más información de farándula que un resultado directamente proporcional a su labor, nadie mide el impacto de la inversión social en Colombia, y la impunidad y la corrupción son comunes en el día a día del país. La historia de Raiffeisen nos dará elementos de inspiración de lo que debería ser la gestión de quienes tienen el poder, no solo como alcaldes sino como empresarios, líderes sociales y todo aquel que tenga la oportunidad de actuar y contribuir al cambio de la comunidad donde vive.

Recorrí todo el país con el respaldo de Coomeva, cuando se promulgó el Decreto 4588 de 2006, que brinda el marco de regulación de las Cooperativas de Trabajo Asociado, acompañé el montaje de un sinnúmero de organizaciones y en cada desarrollo dejamos claro el espíritu de la norma frente a las relaciones de los asociados con el trabajo, durante 3 años hicimos un trabajo de acompañamiento sólido y estable.

Promovimos desde Fundación Coomeva la creación de cooperativas de varios tipos para diferentes comunidades, siempre con la firme creencia de que la única estrategia posible para generar bienestar y desarrollo es la filosofía solidaria, pues solo la unión de pequeños esfuerzos es la que hace posible la concreción de un proyecto.

Fuimos testigos de una gran explosión de iniciativas de cooperativas de ahorro y crédito que brindaron soluciones más justas a muchas familias, pero lamentablemente una gran parte de ellas fue permeada por dineros de origen dudoso o por juntas directivas corruptas alejadas de todos los principios cooperativos. Estos comportamientos erróneos acompañados de los intereses de la banca tradicional por querer conquistar a estos asociados para convertirlos en clientes, lograron que muchas cooperativas se convirtieran en bancos o simplemente desaparecieran y en la mayoría de casos no fueron cerradas por que se quebraran sino por su iliquidez, pues sus activos estaban representados en propiedades y bienes que no se lograron convertir en efectivo rápidamente, y se perdió la posibilidad de respaldar los ahorros de los asociados, lo que provocó su intervención y la aparición de los liquidadores que fueron los únicos ganadores de la jornada. Algunos procesos de liquidación duraron años y son inimaginables los activos que aparecieron en estos procesos y por su valor, se puede concluir que había un gran respaldo para responder por los excedentes y ahorros de los asociados.

Es muy común escuchar en los ciudadanos de a pie el comentario de la experiencia cooperativa, como algo negativo donde se "perdió mucho dinero" y que al igual que las pirámides eran estructuras donde el riesgo es muy alto y donde la gente no quería estar.

“Una falacia es un razonamiento que, a pesar de parecerse a un argumento válido, no lo es”. <https://psicologiaymente.com/inteligencia/tipos-falacias-logicas-argumentativas> Falacia es el calificativo que le doy a este tipo de opinión sobre las organizaciones cooperativas ya que los problemas que las afectaron, fueron solo el resultado de la ignorancia de sus asociados, de su falta de participación y de la incapacidad para entender que una cooperativa es una sociedad de personas y un banco es una empresa de capital; aquí radica la diferencia fundamental. Por lo anterior el problema no es del instrumento sino del uso, en lenguaje coloquial, “El problema no es de flecha, sino de indio”. Es increíble que la gente haya permitido que los ‘gota a gota’ se metieran en la médula de nuestra sociedad y creamos tener aún la autoridad moral de calificar las cooperativas de ser organizaciones riesgosas.

Es impositivo regresar a las organizaciones solidarias como las cooperativas en sus diferentes tipos, asociaciones mutuales y demás figuras asociativas, pero esta vez participando y conociendo los alcances de este tipo de organizaciones para que usted no termine siendo víctima de una empresa social que se crea para su beneficio. Las cooperativas no roban a nadie, son las personas que las dirigen las que se aprovechan de su falta de interés y conocimiento sobre las reglas de juego de la solidaridad y la equidad.

Después de muchos años fuera del país y con mi convencimiento siempre de la gran importancia de la fuerza solidaria creamos en la provincia de Ontario Canadá, en 2012, la primera cooperativa de la comunidad hispana que hemos llamado LATINCOOP, que busca integrar nuestra comunidad, nuestras costumbres y necesidades en el exterior, pues existe

un paradigma: que quienes vivimos en el exterior no tenemos necesidades, pero realmente son muchas las carencias que vive nuestra comunidad y muchas veces es necesario contar con la ayuda de nuestros connacionales, pues vivimos en un sitio donde no nacimos, a donde no pertenecemos, pero cuando pasas tanto tiempo fuera del país donde naciste, te das cuenta que tampoco perteneces a tu tierra, pues tus sentimientos y preferencias se han dividido y nunca más serás el mismo. Pensando en esto Latincoop pretende ser puente solidario y una gran excusa para estar más cerca, en nuestro idioma en el exterior.

Estos últimos dos años han sido tiempos hermosos para impulsar proyectos de Responsabilidad Social Empresarial que me han permitido estar un tiempo de nuevo en mi país y en mi ciudad, acompañando la iniciativa de una importante empresa de la región para contribuir con el medio ambiente y combatir la adulteración de licor en la región.

www.fundacionkcolombia.org es una Entidad sin Ánimo de Lucro (ESAL), que demuestra cómo una inversión en lo social genera en la comunidad grandes réditos de entorno, cargos directos e indirectos y un gran sinnúmero de beneficiarios.

Parte de nuestras acciones en estos tiempos está en la educación de comunidades vulnerables sobre las maneras más adecuadas de hacer las cosas como es el caso de las Bankomunales, organizaciones sociales y asociativas de ahorro y prestamos por autogestión que tiene en Cali la ciudad con mayor número de entidades creadas. <https://www.fundefir.org/queson-los-bankomunales/> . Este es el antídoto perfecto para evitar los 'gota a gota', los reportes negativos del sistema financiero y la falta de experiencia crediticia.

Espero que este libro sea inspirador y sea motivo suficiente para darle una oportunidad a las organizaciones solidarias, pues la banca nacional cada día es más agresiva, los costos bancarios y sobre todo -y lo más irracional- que sus clientes tengan que pagar por el uso de los equipos como datafonos, cajeros electrónicos y demás inventos de costos financieros que aplican los bancos ante la mirada cómplice del Estado.

La banca latinoamericana es abusiva y cruel, pero es el esquema financiero más usado y casi que obligatorio validado por la ley.

Disfrute su libro y lo espero en https://www.facebook.com/Solidaridad-para-la-vida-105856294467033/?modal=admin_todo_tour para aprovechar las bondades de las épocas que vivimos, para compartir experiencias sociales y solidarias de éxito.

EL USURERO



Estaba a punto de salir para ir a revisar los trabajos de reparación de los caminos cuando escuchó golpes en la puerta.

Federico Guillermo **Raiffeisen**, alcalde de Weyerbusch, había preparado un plan de trabajo para ese día. Hacía poco había contraído matrimonio con Emilia Stock y tuvo que tomar algunos días de licencia. Por ello sintió mal humor cuando creyó que alguien venía a interferir. En el umbral de la puerta apareció una joven campesina de no más de 30 años, pero con apariencia tan pobre, tan ajado su rostro por los sufrimientos, que cualquiera le atribuía 40 años o más. Vestía pañolón de lana roído y de un color indefinible por el desgaste, que le cubría la cabeza. Una blusa desaseada y remendada y una saya del material del pañolón, de color entre negro y gris, complementaban su atuendo visible.

"Mi marido me dijo que no viniera a molestarlo, Señor alcalde, pero yo tengo confianza en que usted puede hacer algo por remediar nuestra angustiada situación" dijo la mujer con sus ojos anegados en lágrimas. "Yo soy la esposa de Miguel Penkhof de Oderath. Usted nos debe conocer. ¿No es cierto?". "Penkhof, Penkhof . . ." dijo Federico Guillermo pensativo. "En alguna parte he leído ese nombre hace poco. . . ¡Ah sí, ya recuerdo! Sobre mi mesa reposan unos papeles venidos de Altenkirchen en los que se ordena rematar una finca perteneciente a su marido. Entonces, ¿usted es la esposa de Miguel Penkhof, de la tarjeta No. 28 de Oderath?" "Sí, señor alcalde, exclamó la mujer conteniendo sus lágrimas, mientras en sus ojos brillaba un lampo de esperanza."

"¡Ayúdenos, por favor! Tenemos 5 niños y nuestra única fuente de sustento es la tierra que nos quiere arrebatar el usurero Birbaum". Raiffeisen sabía bien que, en este caso, como en otros similares bien frecuentes, por cierto, no había nada que hacer. El usurero llevaba todas las de ganar, pues tenía a su favor la letra de la ley y funcionarios públicos como él no tenían otro remedio que cumplirla, así fueran conscientes de que se violaban los más elementales sentimientos humanitarios. Sin embargo, no podía decirle todo esto a una madre desesperada que lo miraba con la angustia y la esperanza reflejada en cada milímetro de la piel de su cara.

Vino a su imaginación la descripción de la figura del usurero, tan antigua como el uso del dinero en las transacciones económicas. Desgreñada y sórdida, ojos ratoncillezcos, mirada huidiza y nariz curva. Se representaba como benefactor de la humanidad, al ofrecer sus "servicios" enfatizando las pérdidas, los problemas que sufriría al desprenderse del dinero para

aliviar la penosa necesidad que le plantea el solicitante. Afirma que la facha en que se presenta es fiel reflejo de su situación económica.

Tipos de esta calaña proliferaban en la Alemania de la primera mitad del siglo pasado y hacían su agosto entre los campesinos empobrecidos por las pérdidas repetidas de sus cosechas, debido a la crudeza de los inviernos, a la falta de técnicas apropiadas y a la escasez de recursos crediticios en condiciones favorables.

Sin estar en los planes de Federico Guillermo, de repente, ahora tendría que enfrentarse a este fatídico personaje, abismo insondable de insensibilidad, astucia y artimaña, experiencia que marcaría un hito en su futuro.

Se paseó pensativo por la oficina y dijo a la mujer: "Cuénteme ¿cómo sucedió todo esto?". La mujer enjugó sus lágrimas con el dorso de su mano: "Todo esto comenzó hace 10 años, cuando estábamos recién casados. Para poder quedarse con la finca, Miguel, mi marido, tenía que comprar la parte de la herencia que correspondía a sus tres hermanas. Como no tenía dinero les hipotecó tres de las mejores parcelas, con el compromiso, por parte de ellas, de no vencer la hipoteca sin su consentimiento. Miguel se comprometía a explotar la finca y cubrir el valor de las parcelas, de acuerdo con los rendimientos de esta.

Mi marido tenía tres vacas, una buena cantidad de ovejas y para trabajar en los tiempos de invierno y en otros tiempos libres, puso un telarcito. Además, pensó en ir a trabajar en la carretera que se está abriendo en el valle del Sieg.

Desgraciadamente una de las hermanas se casó al año siguiente y reclamó la parte de su herencia, aunque no quería perjudicar a Miguel. Buscando una solución a este impase, se presentó el negociante en ganado Birnbaum a ofrecer sus servicios. Propuso comprarle la hipoteca a la hermana con tal que también las otras dos le vendieran sus hipotecas. Afirmó contar con algunos ahorros disponibles para esta transacción, que entregaría a las Herederas y que Miguel devolvería tan pronto como le fuera posible. En esa forma todos quedarían satisfechos. Parecía una buena propuesta.

La hermana puso como condición que en ningún caso se subastaran las tierras pues no quería que les fueran quitadas a Miguel. Birnbaum se sonrió al oír la condición y afirmó que tal idea ni le había pasado por la mente. Era hombre de conciencia y solo pretendía prestar un servicio y adquirir, naturalmente, algunos intereses por su dinero”.

Durante este relato la mujercita hablaba en tono tranquilo, aunque sus labios se contraían de cuando en cuando con un tic nervioso. Al llegar a este punto, sin embargo, un acceso de llanto incontenible la invadió de modo que tuvo que suspender el relato. **Raiffeisen** espero con calma a que le pasara la emoción y, entre tanto, saco su libreta e hizo algunas anotaciones.

La mujer continuó: “Poco tiempo después el negociante nos llamó para ofrecernos en venta unas cabezas de ganado. Miguel, mi marido deseaba tener más ganado para explotar mejor la finca y tener más abono para fertilizar los cultivos, pero no tenía dinero, así se lo expuso al negociante a lo que éste le contestó: “Usted no necesita dinero; yo le doy una vaca y la anoto a su cuenta. Puede estar seguro de

que el animal se pagará solo. Con la leche que produzca y la cría, en menos de un año podrá saldar la deuda". Mi marido no quería endeudarse más y así se lo dijo al negociante. Entonces este sacó el documento de hipoteca y se lo exhibió a Miguel diciéndole: "Ustedes deben ser buenos conmigo, como yo lo he sido con ustedes. Acepten mi oferta y la hipoteca se quedará quieta. Inclusive, yo puedo comprarles la vaca dentro de un año, si me hacen una buena oferta". Miguel vio que no le quedaba más remedio que aceptar. El negociante se la vendió a un precio alto, 47 Talers, pero si la vaca salía buena con la leche y la cría podría realmente, saldar la deuda. De todas maneras, no le quedaba otro camino.

El negocio de la vaca no dio resultados: El ternero se murió, se secó la leche y la vaca no volvió a dar más crías. En esa situación era antieconómico conservarla. Birbaum ofreció comprarla, pero solo por 20 Talers y con la condición de que le compráramos otras dos más escogidas por el mismo. Como Miguel se resistió, nuevamente le pasó por la cara la hipoteca añadiendo: "Debe confiar en mí, señor Penkhof, y no tendrá problemas. "En esa forma, otras dos vacas, a razón de 49 Talers cada una, se sumaron a la cuenta de Miguel.

Después del segundo año habíamos logrado ahorrar 50 talers a fuerza de apretarnos el cinturón. Miguel se los ofreció a Birnbaum diciéndole: "Con esto le pago la primera vaca y sus intereses. Además, le ruego me reciba las otras dos y también le pagaré los intereses de éstas".

Birnbaum se puso rojo de la ira y estuvo a punto de sacar a patadas de su casa a Miguel. "Yo soy quien da aquí las órdenes, no ustedes miserables e ignorantes campesinos. ¿Y qué es lo que viene usted

a traer aquí, 50 talers? Esto apenas cubre el interés de lo que ustedes me deben. Vaya y venda las vacas a otra parte, si puede". Nadie se atrevía a comprarlas por temor a caer en desgracia del usurero. Al Final Birbaum aceptó recibir una vaca a mitad de precio en pago de los intereses y por los 50 talers aceptó darle otra vaca que, en realidad, valdría 20.

En los años sucesivos se nos murieron 4 vacas y nuevamente Birnbaum nos obligó a comprarle 3 más, fijando él mismo los precios. Con el tiempo perdimos la cuenta de lo que le debíamos. Cuando ahorrábamos algo, Miguel se lo llevaba. El negociante sacaba un grueso libro y en él escribía abonos y deudas sin aceptar nunca una revisión ni darnos informes sobre los montos de estas últimas.

La mujercita dejó de hablar. Su mirada inexpresiva vagó por el espacio. Años y años se mezclaron en su memoria sin poder recordar algo más.

"¿A cuánto asciende ahora la deuda?".

Preguntó **Raiffeisen**.

"Según nos informaron los encargados de la subasta, debemos 1.350 talers. En el tribunal hay toda una documentación que justifica tal deuda. El negociante dice que él ha llevado cuenta exacta y correcta de todas y cada una de las transacciones".

Un rictus de rabia impotente se asomó a los labios del alcalde. Era tiempo de otoño y los árboles aún florecían a lo lejos. Una suave llovizna caía sobre los campos que ofrecían un paisaje de paz y armonía maravilloso. Columnas de humo se levantaban de las casitas indicando que las papas se estaban cocinando al fuego. Pero esta tranquilidad se le hizo insoportable a Federico Guillermo. Una tempestad bullía en su

pecho, pero nada positivo se le ocurría. Se separó de la ventana por la que miraba la tranquilidad de la campiña y se volvió hacia la mujer.

“¿Nos podría Ud. Ayudar?”, le dijo ella que se había puesto de pies “De todos modos le agradezco el que haya tenido la paciencia de escuchar mi relato” “Tienen ustedes algo escrito, por ejemplo, ¿la promesa de no subastar las parcelas que le hizo el usurero a su cuñada?”. La campesina movió negativamente la cabeza: “Entre nosotros la palabra vale tanto como una escritura. Hubiéramos querido pagar la hipoteca, pero nadie nos presta dinero.

Mi marido trabaja como un buey y muchas veces no le alcanza para lo más indispensable, por abonarle algo al usurero”.

La sangre se le subía a la cabeza al alcalde: “De modo que han trabajado durante 10 años para el usurero y todavía ahora les va a quitar las tierras”.

En ese momento entró Emilia, la esposa de Federico, a la oficina: “Federico, es hora de almorzar ya. Pasen a la mesa antes que se enfríe la comida”. Al comienzo la joven campesina no se atrevía a pasar bocado, pero poco a poco se fue animando a comer. Terminada la cena, la muchacha hizo ademán de despedirse, pero **Raiffeisen** le dijo: “¡Espere! Yo voy con usted. No sé cuándo voy a regresar” le dijo a su mujer al despedirse. “Tengo que poner en claro ciertos asuntos”.

Oderath era un pequeño caserío distante a hora y media de Weyerbusch. Poco hablaron durante el camino, cada una sumido en sus propios pensamientos. Cuando llegaron el más pequeño de los 5 niños lloraba en el prado frente a la casa y

cuando vio a su madre corrió a echársele en sus brazos. Esta lo abrazó con ternura, pero no pudo contener sus lágrimas. En el dormitorio el esposo estaba sentado en el borde de la cama con la cabeza entre sus manos. Al sentir pasos levantó la cabeza tratando de esbozar una sonrisa forzada. "Lo conozco a Ud. Señor alcalde. Estuve en la inauguración de la escuela de Weyerbusch. Le conté a mi esposa todo lo que usted hizo para mejorar las condiciones de los niños y, por eso, ella se fue a buscarlo para pedirle ayuda".

Raiffeisen no sabía a ciencia cierta por qué estaba allí y que iba a hacer. Era consciente de su impotencia ante las artimañas del usurero que, como araña ponzoñosa, había tejido hábilmente durante todo ese tiempo los hilos de la red alrededor del campesino para, finalmente, dar el zarpazo y quedarse con las tierras. Esta forma de proceder era común entre sus colegas y siempre daba buenos resultados.

En compañía del campesino, **Raiffeisen** recorrió los corrales, los campos. Al otro día todo eso, incluyendo hasta el mobiliario, quedaría en manos de Birnbaum. Un súbito acceso de ira invadió el corazón de Miguel: "No obtendrás nada miserable usurero!" Gritó. "Le pondré fuego a todo!". "¿Quiere ir a la cárcel?". Le dijo **Raiffeisen** agarrando fuertemente por los hombros al furioso campesino, "¿No te importa la suerte de tu esposa y de tus hijos?". Por un momento el hombre se serenó un poco, pero existía la posibilidad de que un nuevo arrebató de cólera lo sacudiera y lo llevara a cometer un acto delictuoso.

"Yo iré a Hilgenroth y hablaré con Birnbaum", dijo por último el alcalde. Con demostraciones de agradecimiento se despidió de la familia. Camino de Hilgenroth, **Raiffeisen** meditaba: "¿Cómo es posible

que un miserable usurero como Birnbaum odiado y despreciado por todo el mundo, pueda cometer toda suerte de tropelías al amparo de las leyes! Si pudiera, al menos, demorar la acción judicial". Sentía clavados en sus ojos las miradas, no solo de la familia de Penkhof, sino la de tantos otros campesinos que frecuentemente caían sin remedio en las redes del usurero y que le pedían auxilio a él, como representante de la ley, de la justicia. Sin embargo, se sentía impotente. Lo único que podía intentar, aunque poniendo por los suelos su dignidad, era ir a la casa del usurero a rogarle que demorara algún tiempo el remate, mientras se arbitraban los recursos suficientes como para levantar la hipoteca. Siendo esta la única diligencia a su alcance resolvió hacerla.

Salió a entrevistarse con Birnbaum en Hilgenroth. Su casa quedaba enseguida de la iglesia y no le fue difícil a **Raiffeisen** encontrarla. La puerta de entrada estaba cerrada, pero cuando agitó la campanilla se abrió y un hombre gordo y fornido apareció en el umbral. "¿Qué quiere usted?", Preguntó mirando con suspicacia al visitante. "Soy Federico Guillermo **Raiffeisen**, alcalde de Weyerbusch. ¿Podría hablar un momento con usted?" Cuando oyó el nombre hubo un cambio total en la expresión del rostro del hombretón. Se inclinó profundamente y... "Perdone, Señor alcalde", le dijo. "Mis ojos están ya un poco miopes y no pude reconocerlo. Hasta mis oídos han llegado las noticias de lo mucho que usted ha logrado hacer en beneficio de los pobres de Weyerbusch. ¡Es un alto honor recibir la visita de ten alto personaje! Tenga la bondad de seguir".

Un polvoriento escritorio lleno de papeles servía de mesa de trabajo al usurero. Este cerró la puerta al entrar detrás de alcalde quien comprendió que no había modo de abrirla desde dentro.

“Hágame el favor de sentarse”, le dijo, señalándole un viejo sillón brillante por el uso. Fue a un mostrador y llenó dos vasos de ginebra. “A su salud, Señor alcalde”, dijo, tendiendo uno de ellos al visitante. Este se hizo el desentendido y abordó directamente el tema de la visita: “He venido para interceder a favor de Penkhof cuyas tierras se subastan mañana”. Al escuchar este nombre Birnbaum puso una cara de inocencia: “Pobre tipo. He tratado de ayudarlo durante varios años, pero me ha sido completamente imposible. Se llenó de deudas y ahora es incapaz de pagarlas. Sin embargo, quisiera tener alguna idea de cómo ayudarlo”. La cara de **Raiffeisen** trató de aparentar serenidad mientras en su interior una tormenta de cólera parecía estallar. “Por lo poco que yo conozco de este asunto Penkhof no tiene deudas pendientes, sino una hipoteca sobre sus tierras. Además, entiendo que usted se comprometió a no subastarlas”, dijo con una aparente calma.

Por un momento el negociante perdió la serenidad. “¿Qué está sugiriendo Señor alcalde? Soy muy sensible a las amenazas. La subasta se hará no solo por la hipoteca sino por las deudas pagadas a su debido tiempo”. **Raiffeisen** no pudo contener más la ira que como un remolino bullía en su interior. Se puso de pie y esgrimió su bastón amenazante. “Usted ha venido estafando, extorsionando, amedrentando durante 10 años a esa pobre familia exhibiendo la hipoteca como arma diabólica”. El usurero se levantó también de su sillón. Los labios le temblaban de la furia, pero su voz fue fría: “Señor alcalde, le ruego cambie su tono y retire sus palabras. De lo contrario lo puedo demandar por calumnia”.

La pelea estaba casada y esto era lo que había temido **Raiffeisen**. La ira había vencido a la

prudencia. Quiso quemar los últimos cartuchos. "Para que usted me demande por calumnia necesita testigos. Aquí entre los dos, yo puedo decirle todo lo que quiera señor Birnbaum". El hombretón de unos 50 años lo miró desafiante, "¿Quiere usted abusar de mi hospitalidad insultándome?". Dio unos pasos hacia la puerta y buscó en su bolsillo la llave. El visitante no se inmutó. "Usted me obligará a repetir todas estas acusaciones en público. Espero que pueda evitarlo".

El viejo miró con atención a su visitante. "No tengo intención de verme enredado en un juicio con usted. Dígame exactamente ¿Qué es lo que quiere?". **Raiffeisen** respiró profundo. ¿Habría ganado la batalla? Sus débiles ojos no percibieron la maligna expresión de los de su adversario. "Retire la demanda contra Penkhof señor Birbaum. Se lo dijo como una propuesta y como una súplica". El negociante se sentó de nuevo en su sillón. Cautelosamente dijo: "Esto podría pensarse. Si existiera alguna garantía por la deuda, podríamos llegar a algún acuerdo". **Raiffeisen** no estaba preparado para tal propuesta. "No puedo darle garantía alguna. Quiero hacerle una súplica, un llamado a su conciencia". El negociante se echó a reír. "Sólo por dinero contante y sonante dejare libre la finca. La conciencia no tiene valor comercial".

Con un personaje tan tenebroso no había nada que hacer. **Raiffeisen** comprendió que estaba perdido. La misma rabia incontenible que había sentido varias veces, rugió en su interior y explotó: "Usted es un miserable extorsionista, iusurero!". Quiso continuar, pero el hombretón sacudió furioso una campana. Al instante se abrió la puerta y apareció un hombre musculoso y corpulento.

“Maurus, isaca este tipo de aquí! Me está amenazando”. El gañan agarró a **Raiffeisen** por un brazo y lo sacó afuera. De un empujón lo hizo trastabillar escaleras abajo y de otro lo puso en la calle. Por la ventana de su oficina, el usurero miraba con sonrisa burlona al pobre alcalde tirado en la calle como una basura. “Que me vengan a mí con reatos de conciencia! ¡Negocio es negocio y punto! ¡Aunque sea alcalde, en mis negocios mando yo y que nadie se atreva a interferir en ellos!”

Mientras regresaba a Weyerbusch la cólera de **Raiffeisen** se convertía en desesperación. ¿Qué había hecho? Sólo empeorar el asunto. Había sufrido la mayor derrota de su vida. Había sido humillado, burlado, escarnecido, echado como un perro a la calle se refugió finalmente en su profundo sentido cristiano. “Lo que hagáis por uno de estos pequeñuelos que en mi creen, lo tomaré como hecho a mí mismo”, dice Jesús. Hice lo que pude y continuaré luchando por defender los intereses de los más pobres, de los más pequeños”. Estos pensamientos mitigaron su desesperación, pero luego, las caras angustiadas de los Penkhof lo miraron con esperanzas reflejadas en sus ojos y una nueva racha de rabia impotente se apoderó de su ser. El camino, las brisas frescas de otoño y su fe cristiana fueron los únicos lenitivos a su angustia.

Cuando arribó a su casa su esposa Emilia lo esperaba inquieta: “¿Cómo te fue Federico? ¿Tuviste éxito?” “¿Por ahora no, pero he tenido una lección que no olvidaré el resto de mi vida y que me servirá en otras ocasiones”? Con estas frases ambiguas y sin entrar en detalles con su esposa, se sentó a la mesa y terminó la dura jornada de un día pletórico de tristes emociones.

Al día siguiente se subasto la finca de los Penkhof con la presencia del alcalde, de la familia Penkhof, el usurero Birnbaum, del magistrado encargado de realizar la subasta y su secretario y algunos campesinos que a distancia y con caras largas y aún con lágrimas en sus ojos, contemplaban la escena. El magistrado se sentó en una mesa en frente de la casa. El secretario puso en orden los papeles. Exactamente a la hora fijada se debía comenzar la subasta para cumplir la ley. El momento temido llegó: "finca No. 28 en Oderath perteneciente a Miguel Penkhof se pone a pública subasta. Debe ser adquirida con todas sus tierras, y parcelas, ganado, vehículos y plantaciones, junto con todas las pertenencias incluidas en ella, por el mejor postor después de la tercera oferta. La subasta será terminada en una sola sesión. La adjudicación será definitiva y todo reclamo será rechazado como fuera de orden". Esta era la fórmula ritual en las subastas.

El magistrado se sentó y espero al primer postor. Miguel Penkhof estaba pálido y sus labios le temblaban de rabia. **Raiffeisen** se acercó a él y le puso su brazo sobre sus hombros. "¡Ten calma, Miguel! Tengo una solución en Weyerbusch". La mujer de Miguel cogió a sus hijos y los empujó hacia el usurero Birnbaum. Se hincaron de rodillas ante él, levantaron sus brazos suplicantes y dijeron a gritos: "No nos eche, ¡por el amor de Cristo! Se lo suplicamos, se lo suplicamos". El negociante retrocedió hacia la mesa del magistrado. "Pido protección del tribunal. Están coartando mi libertad". Un policía retiró a la mujer y a los niños mordiéndose los labios porque él mismo estaba a punto de soltar las lágrimas. "Retírense! ¡El proceso oficial no debe ser perturbado!".

"Ofrezco 300 talers" dijo Birnbaum. El magistrado levantó la cabeza. "Tiene que hacer una oferta

razonable, señor”, le dijo. Birnbaum frunció los hombros. “La propiedad está gravada con una deuda de 1.350 talers”. “Perderé si ofrezco más. Penkhof sufría horriblemente y el alcalde sufría parejo con él. “Venga conmigo. Le tengo un hogar en Weyerbusch. El consejo le dará trabajo durante el verano en la carretera y en el invierno en los bosques. No pasará hambre. ¡Se lo prometo!”. Sacó al lentamente al hombre de aquella escena diabólica.

Como no se presentó ningún otro postor, la finca fue entregada a Birnbaum por 300 talers. En circunstancias normales se hubiera vendido por el triple.

Al domingo siguiente, Birnbaum se presentó muy orondo en la iglesia. Su puesto estaba en una de las primeras filas, pues se le consideraba como excelente cristiano, por sus colaboraciones con el culto. Cuando pasaron recogiendo la limosna echó un buen puñado de monedas en el platillo, de modo que el acólito no pudo menos que darle muestras de agradecimiento. Mientras tanto, la familia Penkhof estaba atrás medio escondida como si hubiera cometido un crimen.

Raiffeisen vio la escena y buscó el capítulo sexto del evangelio de San Mateo: “Tened cuidado de no hacer vuestras limosnas delante de los hombres para ser vistos por ellos. De lo contrario no recibirás recompensa de vuestro Padre Celestial que está en los cielos”. No quiso mirar al usurero para no estallar de cólera mientras se celebraban los oficios religiosos.

EL ESPECTRO DEL HAMBRE



Ese domingo, Emilia, la esposa del alcalde, había invitado a la familia Penkhof a almorzar en su casa. Durante el almuerzo tuvieron oportunidad de convenir algunos detalles sobre el futuro. El alojamiento de la antigua escuela era fácil y durante el tiempo de cosecha había abundante trabajo. Ya se pensaría algo para hacer más tarde.

Ese año el invierno sobrevino muy pronto. Ya en noviembre las tormentas de nieve cayeron con fuerza y convirtieron los caminos en lodazales. Las reservas de alimentos apenas eran suficientes como para medio subsistir, pero muchas familias las agotaron antes de terminar el invierno, por lo cual la gente pobre salía a recoger frutas silvestres, hundidos en la nieve hasta la rodilla. En las casas se apretujaban unos contra otros, buscando defenderse algo del frío. La multitud de mendigos se aumentó enormemente,

sobre todo al final del invierno, yendo a buscar cómo calmar el hambre en ciudades y pueblos vecinos.

Tal situación impactaba fuertemente al alcalde. Era necesario buscar alguna solución. En muchas casas existían telares, pero los precios de las prendas eran tan bajos que no compensaban la materia prima y el trabajo. Sólo podían producir para el uso doméstico. Se tejían cestos de mimbre y el alcalde quiso intensificar producción solicitando permiso para cortar el mimbre que crecía en los bosques. Sin embargo, la gente había caído en una especie de fatalismo impresionante. Se habían resignado a su suerte, a morir de hambre si así era su destino. Esta pasividad ponía de mal humor a Federico Guillermo. Había que levantar la moral de las personas, pero ¿cómo? ¿Cómo hacer que las personas recobraran el deseo de abrirse campo por sí mismas en la vida? ¿Cómo acabar con ese fatalismo y con esa tendencia a la mendicidad? Estas inquietudes quitaban el sueño al alcalde durante muchas noches, pero la solución no aparecía.

Cuando los caminos se secaron **Raiffeisen** dejó la oficina con más frecuencia y se dedicó asiduamente a visitar hogares para conocer personalmente la situación de los habitantes de su jurisdicción. Así pudo comprender la penuria que azotaba a muchos de ellos. Como hijo de campesinos que era, comprendió que los alimentos escaseaban e irían a escasear mucho más cuando sobreviniera el nuevo invierno, pues la cosecha había sido mala. Aún las papas que era el recurso de los pobres para no morir de hambre, unas se pudrieron por demasiadas lluvias en terrenos bajos y otras apenas si dieron frutos pequeños y de mala clase.

“Dios nos asista”, murmuraban las gentes. “El próximo invierno va a ser terrible!” El alcalde recorrió

la comuna insistiendo en que acumularan cuanto cosa comestible hubiera, tanto para las personas como para los animales y escribió a las autoridades de Altenkirchen informándoles sobre las pérdidas de las cosechas y la hambruna que les esperaba a los pobres.

Con el caer de los primeros copos de nieve todos comprendieron que se las tenían que ver con un invierno duro y cruel y sabían cuánto más largo es un invierno así. Para fines de año las reservas de comestibles habían terminado. El pueblo comenzó a ir donde el alcalde en busca de solución y este resolvió acudir a la autoridad superior en Landrat.

Al llegar a Altenkirchen vio una enorme cola de gente; al preguntarles para que hacían cola supo que se trataba de comprar pan en la única panadería que aún tenía harina. El precio subía todos los días por la escasez enriqueciendo a quienes habían acaparado la harina, a costa del hambre de los demás.

Al ser recibido por el Landrat **Raiffeisen** le describió la situación de miseria y de hambre por la que atravesaba su comuna, pero el Landrat le respondió que situaciones parecidas se presentaban en las demás comunas de la región. Sin embargo, le recomendó poner por escrito lo más minuciosamente la posible situación para enviar el informe al gobernador Koblenz.

Raiffeisen regresó y para poder hacer un informe detallado y verídico fue personalmente a visitar todos los campos y aldeas. Los espectáculos que vio eran para hacer estremecer de pavor al más desalmado. En la mayoría de los hogares la comida única del día era un agua sopa de pan y papas. Los más pobres todavía lo pasaban peor. Al cruzar el umbral de una

cabaña un olor penetrante y nauseabundo casi lo hizo retroceder. Sobre la mesa había un extraño brebaje negruzco. “¿Qué estáis comiendo?” preguntó. “Achicoria con coles podridas. Es lo único que nos queda. Cuando se nos termine tendremos que salir a mendigar”, fue la respuesta del hombre a quien se le salían las lágrimas ante las miradas famélicas de su esposa y de sus hijos. Escenas similares encontró por todas partes. Inclusive y a pesar de que caía la nieve persistentemente, grupos de pordioseros deambulaban por los caminos buscando una limosna. No pocos de éstos eran niños.

La mano del alcalde voló sobre el papel y en pocas horas el informe estuvo listo. A la mañana siguiente un alguacil lo llevaba al Landrat. La nieve continuaba cayendo y en el pueblo se hacían túneles por entre la nieve para pasar de una casa a otra. Por los caminos una sinfonía de muerte silbaba con el viento.

A eso del medio día una mujer de Hilgenroth vino llorando a la alcaldía. “Señor alcalde, le dijo. Ayúdenos a buscar a nuestros hijos. Tenían mucha hambre y desde ayer salieron a buscar algo para comer. No han regresado a la casa. Con mi marido y algunos vecinos hemos comenzado a buscarlos, pero en vano. Yo les había prohibido salir con este tiempo tan malo, pero el hambre pudo más que el temor al peligro. ¡Por favor! ¡Ayúdenos a buscarlos!”.

Al instante el alcalde organizó brigadas de buscadores. Todos los caminos de los alrededores de Hilgenroth fueron explorados sin éxito. Por la noche algunos continuaron la búsqueda a la luz de las antorchas. Todo en vano. Al fin se cansaron de buscar hasta los padres de los niños y los dieron por perdidos. Cuando en primavera se derritió la nieve encontraron los dos cadáveres aun frescos, con sus

ojos inexpresivos abiertos y un rictus de angustia en sus labios.

Tres días después de esta tragedia el alcalde volvió a Altenkirchen. El Landrat lo recibió con una sonrisa: "Usted ha triunfado Señor alcalde. 150 barriles de harina están en camino desde las bodegas reales hacia Weyerbusch".

Pletórico de felicidad corrió hacia su comuna. "Viene harina a Weyerbusch", decía a su paso. "Es necesario arreglar los caminos para que pasen bien los carros". Una actividad febril se apoderó aun en los más perezosos e indiferentes y en poco tiempo se limpiaron los caminos de nieve ya endurecida. En el pueblo se comenzaron a preparar los carros para ir a Altenkirchen a recibir la harina. Alegría desbordante se apoderó del vecindario. Todos querían ir a presenciar el desfile de carros cargados de harina a cuyo frente iba el alcalde vigilando para que no se presentaran percances. "Mirad lo que ha hecho por nosotros el alcalde", murmuraba la gente. Modestamente Federico declinaba tal honor. "Si, mucho, he acelerado la llegada de la harina", decía. "Pero entre tanto, muchos habríamos perecido de hambre mientras los burgueses del Rhin se decidieran a hacer algo". Acotaba la gente. La caravana avanzaba lentamente y era saludada por el pueblo como héroes que regresaban victoriosos del campo de batalla. Una furiosa tempestad barría los caminos, pero nadie se percataba del mal tiempo.

El alcalde anunció que al día siguiente se haría la distribución de la harina, con la colaboración de los empleados oficiales de las 22 aldeas pertenecientes a la comuna, quienes ya habían levantado un censo riguroso de las familias pobres necesitadas de ayuda.

En el bolsillo interior de la chaqueta del alcalde reposaba una carta que le habían entregado cuando empacaban la harina en Altenkirchen. Provenía del gobernador, pero Federico había estado demasiado ocupado como para ponerse a leer cartas. Solo cuando la harina quedó puesta a buen recaudo y pudo retirarse a su hogar, recordó la existencia de la misiva, la extrajo de su bolsillo y la leyó. "Por orden del gobierno real se han destinado 150 barriles de harina para la comuna de Weyerbusch en el Westerwald, por ser un área especialmente azotada por el hambre. La harina se distribuirá entre aquellos que puedan pagarla al contado y el dinero será remitido a esta oficina. Es necesario hacer una relación detallada de la forma como se distribuya la harina. Firmado a 31 de enero de 1947".

Federico Guillermo estuvo a punto de desmayarse. Le pareció que una horrenda pesadilla lo había sorprendido; pero ¡no! Allí estaba la carta entre sus temblorosos dedos: "De modo que la harina no era regalada sino vendida y sólo aquellas personas que pudieran pagarla de contado. ¿Qué le iba a suceder a los pobres que no tenían una moneda disponible para pagarla y que eran precisamente los más necesitados?".

Viendo la palidez de su rostro, Emilia se acercó y le preguntó: "¿Qué te sucede Federico?" por única respuesta le extendió la carta. "Lee", le dijo, "Y dime si estoy equivocado". Los ojos de Emilia se llenaron de lágrimas. **Raiffeisen** se paseaba de un lado a otro. "Esto es imposible! ¡Tiene que haber alguna solución!". Un agudo dolor laceró sus débiles ojos, torturados por una miopía que lo atormentaba desde su juventud. A su mente llegaron las miradas de angustia de los pobres que no tenían dinero. ¿Qué sería de ellos? Un dilema cortante atenazaba su

cabeza: O infringía la orden de gobierno y distribuía la harina de acuerdo con las necesidades, no a la capacidad de pago y en esa forma solucionaba el problema del hambre, pero exponía su puesto de alcalde, o cumplía y tendría que ver morir de hambre a los más necesitados, precisamente a aquellos a quienes había tratado de ayudar.

¡No valía la pena conservar el puesto si no podía ayudar a las gentes necesitadas! Una firme resolución tomó cuerpo en lo más profundo de su ser: "¡Todo el que esté necesitado recibirá ayuda, suceda lo que suceda! "¿Pero cómo obtener el dinero necesario para pagar la harina? quienes la recibieran y la recibirán en primer término los más necesitados, ¿Deberían comprometerse a pagarla cuando recogieran las cosechas en el verano?"

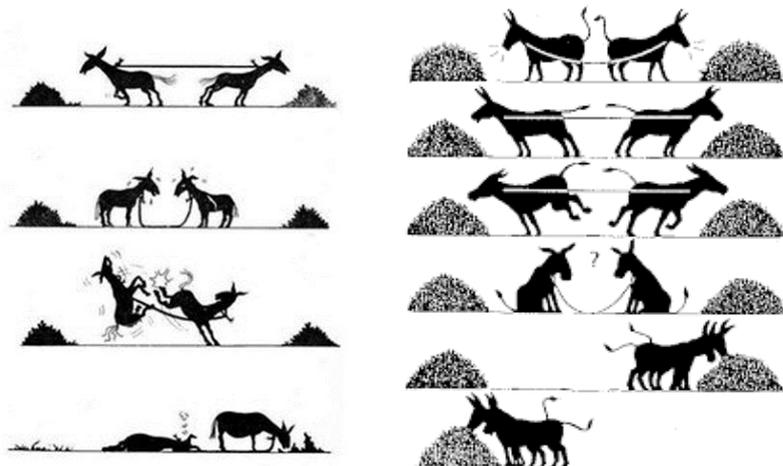
Emilia estuvo de acuerdo con él: "Si tú obras de distinta manera, traicionaras tu conciencia", le dijo. Al día siguiente, todos los representantes de las aldeas concurren temprano a la alcaldía. **Raiffeisen** leyó la orden del gobernador y miro las caras de asombro y confusión. "Creo que todos estamos de acuerdo en que tal manera de distribuir la harina es injusta", dijo. "He resuelto crear un comité del pueblo pobre" que se encargue de hacer una lista de personas necesitadas y que no puedan pagar.

Estas recibirán su porción de harina y la pagarán a un plazo razonable. Si sobra, se venderá a quienes puedan pagarla de contado. Miro a su alrededor. Nadie se atrevía a opinar. Por fin alguien rompió el embarazoso silencio y dijo: "Estoy con usted Señor alcalde!". El hielo se rompió y unánimemente acogieron la idea. Se conformó el comité con los representantes de las aldeas, se leyó la lista de los

más necesitados y se comenzó la distribución de la harina.

Los favorecidos reían de felicidad y aclamaban a su alcalde. Este, sin embargo, estaba preocupado. "¿Y después qué?" pensaba en su interior.

LA UNIÓN



Federico Guillermo **Raiffeisen** estaba preocupado. Había impuesto su parecer por encima de las órdenes del gobierno y esto podía significar su destitución. ¿Cómo iría a redactar el informe sobre la distribución de la harina? Emilia observó su preocupación y entendió la causa. “Yo simplemente escribiría: “He procedido de acuerdo con mi conciencia y a las circunstancias en que se encontraba la gente”. La pluma del alcalde devoró sobre el papel. En último término ésta fue la clave de su razonamiento. Quiso llevar personalmente la carta al Landrat y a la mañana siguiente partió rumbo a Altenkirchen en el coche del secretario.

Lo peor del invierno había pasado, la nieve se derretía poco a poco; la gente lo miraba con cara sonriente y ya comenzaban los labradores sus faenas campestres. La mañana era brillante y hermosa, pero el corazón de Federico no estaba tranquilo. “¿En dónde lo dejo?” le preguntó el secretario, cuando

llegaron a las primeras calles. Saliendo de su ensimismamiento el alcalde le contestó: "Debo dar cuenta al Landrat de la forma como se distribuyó la harina". Un gesto de sobresalto se notó en la cara del secretario, quien se sintió más tranquilo cuando abandono el edificio del Landratsat y dejó solo a Federico.

El Landrat recibió a Federico con las mayores muestras de simpatía, pero cuando leyó el informe su rostro cambió completamente y se tornó grave. Puso el informe sobre su mesa y comenzó a pasearse por la oficina. De repente se detuvo y preguntó al alcalde: "¿Cuántos años tiene usted Señor alcalde?" "Veintinueve y unas pocas semanas más". Respondió éste. El hombre de cabellos ya algo grises movió la cabeza: "Yo casi tengo el doble de su edad, pero jamás se me ha ocurrido alterar una orden del gobierno. ¿Cae usted en la cuenta de lo que eso significa?". Por la mente de Federico desfilaron su esposa y su pequeño hijo meciéndose en la cuna. Pero el Landrat esperaba una respuesta.

"Mi salida del servicio del estado, señor Landrat", respondió. "Usted está recién casado. Debí pensar bien su determinación antes de tomarla tan temerariamente". **Raiffeisen** se puso rígido como cuando prestaba el servicio militar. "No he obrado ligeramente, sino como me lo ha dictado mi conciencia. ¿Qué otra cosa podría yo hacer frente a ese pueblo hambriento?". "Usted debería haber solicitado una nueva autorización. Sin embargo, no enviare de inmediato este informe al gobernador. Su conducta arbitraria puede traerle graves consecuencias. Naturalmente usted debe responder del pago de la harina".

“Muchas gracias Sr. Landrat”, dijo **Raiffeisen** y salió cabizbajo de la elegante oficina. El Landrat ya no estrechó su mano, ni lo despidió sonriente. **Raiffeisen** bajó las escaleras tan preocupado que casi choca con alguien que subía. Al pedirle excusas e identificarse, este hombre lo miró con asombro: “¿De modo que usted es el alcalde de Weyerbusch, el que tan prontamente solucionó el problema del hambre en su comuna? **Raiffeisen** no pudo captar bien el nombre de su interlocutor, pero sí su identificación como empleado del gobierno real de Koblenz. De modo que ya en Koblenz se conocía su actuación. Esto podría significar algo en su favor. En los días siguientes no sucedió nada raro en la alcaldía de Weyerbusch, lo que fue tranquilizándolo poco a poco.

Sin embargo, graves problemas se presentaban en su comuna: el alimento había alcanzado para solucionar el problema del hambre durante lo más crudo del invierno, pero, de todos modos, era una solución provisional, pasajera y había gente que no tenía ni una brizna de harina. El pan escaseaba y encarecía. **Raiffeisen** aprovechó estos días para dar largos paseos por su jurisdicción, pretextando examinar el estado de los caminos. En realidad, meditaba sobre los graves problemas que se cernían sobre ella. Mientras se encontraba una solución definitiva había que pensar en una solución provisional. Lo único claro era que no podía esperar más ayudas gubernamentales. La gente debía valerse por sí misma: el paseante había alcanzado lo más alto de las colinas circundantes y un aire primaveral traía promesas de renovación.

De repente se le vino una luminosa idea: “Lo que un hombre solo no puede realizar, entre varios lo pueden, isi se organizan!”. Fue como si un torrente de luz invadiera su mente y cayó de rodillas: “Señor Dios,

si esto fuera la clave de la solución". Miró a su alrededor asustado de sus propias palabras. Nadie lo observaba. Un agudo silencio pareció retener en el aire fresco y nítido sus palabras.

Tenía humedecidas sus rodillas cuando se levantó. Al llegar a su hogar Emilia comprendió que algo importante había sucedido en la vida de su esposo. Su rostro parecía brillar, especialmente sus ojos. "Tengo que reunir al comité del pueblo", le dijo pensativo. Emilia no quiso insistir en averiguar la causa de su súbito cambio.

A pesar de la prisa, pasaron varios días antes de poder reunir a todos los representantes de las aldeas. Todos pensaban que se trataba de solicitar más harina al gobierno pues la que habían conseguido se había acabado totalmente. El alcalde dio comienzo a la reunión con estas palabras: "Agradezco a todos los miembros del comité por haber acudido a esta reunión. Sin su colaboración hubiera sido imposible la distribución eficiente de la harina. Un solo hombre es impotente. Solamente uniendo los esfuerzos de todos podremos realizar lo aparentemente imposible". Los ojos de los asistentes lo miraban sin entender aún la razón de la convocatoria.

Después de una corta pausa el alcalde continuó: "Creo que todos estamos de acuerdo en que hay que hacer algo para ahuyentar el hambre de la comuna hasta la próxima cosecha. No podremos esperar más ayudas del gobierno porque también en otras partes de Alemania hay hambre y los recursos del estado son insuficientes. Tenemos que valernos por nosotros mismos". Algunos ya estaban impacientes por saber cuál era la razón de la convocatoria. El alcalde comprendió la impaciencia y fue directamente al punto central. "No hay sino un solo camino: Unidos,

conseguir más harina". "Esto es fácil decirlo", dijo alguien. Pero ¿Cómo podremos hacerlo? ¿Quién nos dará harina al fiado? ¡O acaso sugiere que vayamos donde el usurero Birbaum a que nos preste dinero!".

Una intensa y agria discusión se levantó entre los asistentes. Cuando se hubieron calmado un poco los ánimos, el alcalde prosiguió: "Nunca he pensado en caer en las manos del usurero. Lo que quiero proponerles es que cada uno de nosotros y muchas otras personas de la comuna, entreguemos al comité del pueblo pobre, todos los talers posibles, con los cuales podremos comprar harina de contado y distribuirla, para ser pagada en la próxima cosecha".

Un silencio absoluto siguió a estas palabras que tomaron de sorpresa al auditorio. Nadie se atrevía a dar una opinión ni en pro ni en la panadería y la Unión (Asociación gremial) del pan contra de la propuesta. Al fin alguien se decidió a decir: "¿Y qué respaldo tendremos por el dinero que pongamos en el comité?". "Ya he pensado en esto", dijo el alcalde. "Quienes reciban harina deben garantizar con sus tierras la devolución oportuna del crédito. Son campesinos como todos nosotros y conocemos su buena fe, su sinceridad y responsabilidad. Debemos confiar mutuamente unos en otros. El comité recibirá el dinero, comprará la harina, la distribuirá y recuperará el dinero en seis meses". La disyuntiva estaba planteada: A un lado la miseria, el hambre quizás la muerte. Al otro lado la confianza en la honorabilidad de sus semejantes. Como **Raiffeisen** lo había previsto, el argumento fue contundente.

Sin embargo, una sorda lucha tenía lugar en el interior de esos hombres para quienes la propuesta era enteramente novedosa.

Para romper el embarazoso silencio el alcalde se puso de pie y sacó de su escritorio una pequeña bolsa. "También yo he ahorrado algo y lo pongo en manos del comité para que se me devuelva en otoño". Esta actitud desafiante rompió el hielo. Fue el secretario de la alcaldía quien primero salió al frente. "Yo también pongo mis ahorros en manos del comité". Algunos más se movieron a ofrecer sus ahorros y, al final, aún los más remisos tuvieron que entrar en el plan.

Se convino en que cada uno hablaría con sus amigos para convencerlos de aportar sus ahorros, pues mientras más fueran los aportes, las cuotas podrían ser más pequeñas. Se levantó una lista de los contribuyentes y se convino en que en una semana se elaboraría una lista definitiva con las personas que quisieran ingresar al plan. El hambre no daba espera y la harina debía conseguirse lo más pronto posible. Se sabía que barcos cargados con harina proveniente de Rusia y de Polonia anclaban sobre los puertos del Rin y era posible comprarla allí.

Al día siguiente todos los miembros del comité fueron de casa en casa explicando la idea y convenciendo a la gente de entregar sus ahorros. Nadie hubiera creído que la idea tuviera tanta acogida y que hubiera tanto dinero escondido debajo de los colchones o en bolsas.

Al domingo siguiente hubo una nueva reunión. La lista de contribuyentes subió a 60 y las monedas se apilaron sobre la mesa del alcalde. En muchas caras afloró la vergüenza de haber dudado de la generosidad de sus coterráneos. En la mayoría de los seres humanos se esconde un espíritu de solidaridad que sólo necesita ser despertado.

“Mañana mismo nos vamos para el Rhin”, fue el grito de victoria del alcalde y, efectivamente, al otro día el coche del secretario los condujo a Altenkirchen primero, en donde tomaron el rumbo hacia Neustadt. Pernoctaron en Linz y al día siguiente enrumbaron hacia Colonia. El viaje fue alegre: ya comenzaba la primavera y los árboles, aún sin hojas, se adornaban con primorosos retoños. En el territorio de Weyerbusch había decrecido el número de mendigos, pero cuando pasaron las fronteras pudieron observar que éstos aumentaban y no pocos de ellos eran niños.

Al llegar a Colonia enfilaron hacia el embarcadero y entraron en una oficina de comercio de granos. “Soy el alcalde de Weyerbusch y represento al comité del pueblo pobre”, dijo **Raiffeisen** presentándose al empleado. “Desde cuándo las autoridades estatales compran granos sin intermediación de negociantes?”, le dijo el empleado. “En realidad vengo como representante del comité de nuestra comuna. Este comité no busca utilidades y nuestras gestiones las hacemos como voluntarios sin cobrar nada por ellas”. “¿Pertenece usted a alguna comunidad religiosa?”, dijo el empleado. “Sí”, respondió el alcalde; “a la gran comunidad cristiana”. El empleado no preguntó más y se cerró el negocio por 200 barriles de centeno. “El pago deben hacerlo una vez reciban la mercancía. Les haremos un descuento por tratarse de un negocio con características de solidaridad humanitaria y pago de contado”. Aún la fría atmósfera de una oficina se contagiaba de calor humano con la presencia cálida del alcalde.

A los tres días una larga columna de carruajes recorría chirriante los caminos del Rhin hacia Linz. Allí depositarían la mercancía los vendedores y la recogerían los compradores para transportarla a

Weyerbusch. **Raiffeisen**, que se había adelantado para traer el dinero, recibió la mercancía y pagó de contado, acompañado por algunos miembros del comité que presenciaban como testigos todas las transacciones. Los carros venidos de Weyerbusch empacaron el grano y emprendieron alegres el regreso a la comuna. A pesar de que llegaron a media noche, toda la población estaba esperándolos con gritos de júbilo y alborozo en sus labios y la felicidad pintada en sus caras. Se almacenó el grano y al día siguiente pasó a los molinos de Birnbach.

Mientras una blanca cascada de harina salía de los molinos el alcalde tomaba el camino de Altenkirchen. “¿Qué vas a hacer allá, Federico?”, le preguntó su esposa. “Puedes enviar a otra persona”. “Esta vez no”, le respondió tirándole cariñosamente de un mechón de sus labios cabellos. “Se trata de conseguir un buen precio para el pan ahora que tenemos la harina”. El plan del alcalde era mandar a hacer el pan, ya que no todos tenían horno en sus casas, y distribuirlo ya fabricado. El comité había recogido el dinero suficiente como para pagar su fabricación en Altenkirchen.

Al llegar a la ciudad vio una larga cola que partía de la puerta de entrada de la panadería. Como aún había escasez de harina, el precio del pan subía todos los días y con esa especulación los panaderos se enriquecían a costa del hambre de los pobres. Muchos de éstos no podían comprarlo y en las calles había numerosos grupos de mendigos pidiendo limosna o recogiendo migajas que otros dejaban.

Por la puerta trasera de la panadería entró **Raiffeisen** y sólo cuando se identificó como alcalde de Weyerbusch, tuvo la oportunidad de conversar con el jefe de la empresa. “Esta gente me acosa mucho y

exige rebajas que no puedo darle porque el pan ya está por debajo de los costos. La harina está subiendo todos los días”, le dijo el jefe. “Pero si en el Rhin hay cantidades de grano relativamente barato”. Respondió **Raiffeisen**. “Sí, pero es necesario no comprar mucho porque si hay gran demanda el precio sube. Hay que esperar a que los comerciantes se vean obligados a bajar los precios”. **Raiffeisen** pensó: “El gobierno debería intervenir para que no se especule con los alimentos de primera necesidad, vale decir, con el hambre del pueblo. Algún día habrá que legislar sobre esto”.

“Tengo mucha prisa y por eso le ruego me diga el objeto de su visita, señor alcalde”, le dijo el hombre de la panadería. Federico le contó brevemente la adquisición del grano y la harina y le dijo que su propuesta era que le fabricara el pan a un precio que le convendrían y que debía estar por debajo del corriente, para las gentes de la comuna. La respuesta del empresario fue rotunda: “Imposible vender el pan a precios inferiores a los que están establecidos. La gente se enteraría de esto y me formaría problemas. Si usted quiere le compro la harina, pero concesiones al precio del pan nunca las haré”.

El alcalde se sintió fracasado. De nada había servido conseguir la harina si el pan seguía vendiéndose a precios inalcanzables por los pobres, y al contado. “Tráigame la harina señor alcalde, sino quiere perder el dinero de tan descabellada compra”, le dijo, dándole la espalda. El alcalde quedó plantado con la mirada en el vacío.

Muy deprimido abandono la panadería. Había pensado comprar algunos regalos para su esposa, pero todo se le olvidó con el fracaso. Deambuló por las calles de la ciudad sin rumbo fijo, saludando

maquinalmente a quienes se encontraba por el camino. En Birnbach las cascadas de harina brotaban a torrentes del molino, pero sólo servían para enriquecer aún más las arcas repletas de los negociantes, mientras los pobres morirían de hambre tomando sopas hechas con hojas verdes como única comida.

¡Tenía que haber alguna solución a semejante problema! Pero ¿cuál podría ser esta solución? Las ideas giraban en su cerebro en forma fantasmal, febricitante. Sus ojos le dolían con gran intensidad. De repente, una nueva luz iluminó su cerebro como un relámpago en noche oscura. "Haremos el pan nosotros!", Exclamó en voz alta ante la sorpresa de algunos transeúntes que lo miraron con extrañeza. ¿Se estará volviendo loco? Pensaron. El alcalde volvió en sí mismo y miró como asustado a su alrededor. Recobró la serenidad y repitió despacio: "Haremos el pan nosotros mismos!".

Con esta decisión enérgicamente tomada regresó a Weyerbusch. A su esposa sólo le contó su fracaso. Se acercó a la cuna de su hija Amalia, la acarició y ella le extendió sus pequeños y tiernos bracitos. "Tu papá tiene que salir a meditar", le dijo, y salió hacia la oficina. El empleado de la alcaldía estaba allí y le contó su fracaso y su plan. ¿Pero en dónde encontrar una panadería y panaderos conocedores del oficio?

En frente de la oficina había un lote vacío, enmalezado. Alguna vez había pensado hacer allí un jardín, pero nada se había resuelto. El alcalde salió a la puerta y lo observó. Apenas suficiente como para construir allí una pequeña panadería con la habitación para el panadero y sus ayudantes. No era necesario más. Comentó la idea con el secretario quien de

inmediato la aceptó. "Hemos construido la escuela; podremos construir la panadería que es más fácil" dijo, encantado de ser el primero en conocer el plan. El hambre no da tregua y, por ello, es necesario poner manos a la obra de inmediato.

Dos días después se reunía el Consejo Municipal y escuchaba la propuesta del alcalde. Todos aceptaron la idea. La noticia se regó por la comuna y los campesinos ofrecieron entusiasmados sus manos y sus conocimientos de albanería para la construcción del edificio. En las cercanías había un granero abandonado. Se trajeron los materiales servibles y se colocó la primera piedra. El trabajo fue febril y jubiloso. El mortero se revolvía entre risas alegres, las piedras se unían unas con otras al ritmo de canciones y en dos semanas la obra estuvo concluida. Una bandera blanca en el caballete anunció el cierre de los techos. ¡Hurra!! ¡La panadería estaba lista! Mientras tanto, **Raiffeisen** había buscado un buen panadero en Hamm quien de inmediato aceptó el puesto pues no tenía trabajo. Durante dos días el horno ardió para secarlo bien y quedó listo para la primera horneada.

Cuando el pan salió entre dorado y moreno Federico lo distribuyó entre los niños que estaban a su alrededor. El entusiasmo de la gente fue desbordante. Todos comprendieron que le habían ganado una gran batalla a la pobreza, a la usura, al hambre y todo gracias a la unión de esfuerzos y voluntades y a la tenacidad, buena voluntad y deseo de servicio de su alcalde. El comité del pueblo pobre se transformó en la Unión del Pan. Diariamente el pan se distribuyó en la misma casa del alcalde y el maestro de la escuela llevaba las cuentas cuidadosamente.

Se establecieron dos precios: uno para quienes podían comprarlo de contado, inferior la de Altenkirchen sí, pero normal; otro más bajo para los pobres, y a crédito.

La noticia del pan barato de Weyerbusch se regó como pólvora por toda la comarca. En muchos sitios se crearon organizaciones similares y el precio del pan bajó verticalmente. Todos miraban a Weyerbusch como un modelo que imitar y una oleada de solidaridad corrió por todos esos campos. Al hacer cuentas se pudo devolver el dinero prestado a sus respectivos acreedores con algún interés y quedó un remanente para cubrir posibles deudas incobrables.

Con la entrada de la primavera se reanudaron los trabajos en los campos, la yerba verde empezó a brotar; los agricultores araban sus parcelas con alegría y esperanza. Una nueva era despertaba en la comuna de Weyerbusch.

Pero el alcalde no estaba satisfecho. Nuevas ideas bullían en su incansable cerebro. Cierta día, al regresar de una visita a los campos observó que muchos agricultores no araban los espacios disponibles. "¿Por qué no cultivan todo el terreno?", Preguntó a uno de ellos. El agricultor agachó su cabeza: "No podemos sembrar toda la tierra porque no tenemos semillas suficientes. Tuvimos que consumir buena parte de las semillas de papa durante el invierno y ahora carecemos de ellas".

El alcalde se quedó pensativo: Todos los esfuerzos hechos hasta ese momento serían prácticamente infructuosos sino se sembraba bien el campo. En el próximo invierno nuevamente el espectro del hambre rondaría por los campos como de costumbre y cobraría nuevas víctimas. Un fanatismo

ancestral impedía a los agricultores idear planes para salir de ese círculo vicioso de la pobreza: No sembraban más porque no tenían dinero para comprar más semillas y no tenían dinero porque no sembraban más. Era necesario romper dicho círculo. Este problema torturó la mente del alcalde muchas veces quitándole el sueño.

Mientras tanto, se hicieron nuevos pedidos de grano a los negociantes de colonia sin necesidad de ir personalmente a solicitarlo. En Liz descargaron los carros con centeno y de allí se transportaron a Weyerbusch en donde se convirtieron en harina y pan caliente. Más tarde se amplió el pedido con arroz de Java, pero el problema de las semillas le daba vueltas en la cabeza a Federico. La Unión del Pan no tenía suficientes fondos como para comprar semillas y los agricultores menos.

Durante el invierno Miguel Penkhof había entrado a trabajar por cuenta de la comuna como guardabosque. Extensos bosques cubrían parte del territorio de Weyerbusch y los campesinos tenían derecho a cortar madera bajo ciertas condiciones que no se cumplían, como la de plantar nuevos árboles en sustitución de los que cortaran y cortar únicamente los ya crecidos. Esto deterioraba mucho la ecología y Miguel, frecuentemente, daba cuenta al alcalde de tal situación.

Un día salió con Miguel éste a recorrer los bosques. Observó cómo en sitios de difícil acceso los árboles crecían sin ser cortados mientras en otros se cortaban sin madurar aún. De todos modos, había una fuente de riqueza inexplorada en la comuna: La gran cantidad de madera lista para ser cortada.

“Aquí hay un filón de oro para la comuna”, observó Miguel. “La madera es excelente y tiene buena demanda para barcos en el Rhin”. “¿Dónde aprendió usted estas cosas sobre árboles y maderas?” Le preguntó el alcalde. “Yo estuve en la escuela forestal de Sieg, pero un accidente me impidió continuar allí. Me fui a mi casa, me casé y lo demás usted bien lo sabe.

Allí estaba la solución al problema de las semillas de papa, pensó el alcalde. Al día siguiente convocó reunión de Consejo Municipal. “Gracias a nuestros esfuerzos hemos derrotado el hambre en el pasado invierno, pero ¿qué va a suceder en el próximo?”. Les contó lo observado en los campos y la situación de los bosques. “Podemos cortar madera y con el dinero resultante de su venta comprar las semillas que nos faltan”, dijo. Alguien respondió: “Pero mientras cortamos y vendemos la madera se pasará el tiempo oportuno para las siembras. Llegaremos demasiado Tarde”. “Ya he pensado en esto”, dijo el alcalde. “Lo que necesito es una autorización del consejo para solicitar un préstamo poniendo como respaldo la madera de la comuna. En Nassau venden semillas de papa de acuerdo a la información que trae este periódico”, y les presentó el Mercurio del Rhin. Así las cosas, no había objeción y los concejales aceptaron la propuesta.

Al día siguiente **Raiffeisen** salía para un largo viaje. Los ojos de Emilia se humedecieron al despedirse: “No me imaginaba la vida de un alcalde así. No tienes siquiera una hora para tu hogar y tengo algo que contarte que nos interesa a los dos. Federico reflexionó. Realmente ¡cuán poco tiempo dedicado a su hogar! “¿Estás esperando de nuevo?”, le preguntó. Con una suave sonrisa a través de sus lágrimas le contó lo que tantas veces había tratado de decirle,

pero lo veía regresar tan cansado en las tardes que no se había atrevido a decírselo. Esperaba un rato de tranquilidad que no llegaba nunca.

“¿Qué estás haciendo Federico?”, le dijo, al ver que desempacaba las maletas. “Quiero estar contigo siquiera este día. Nada sucederá si las semillas de papa se demoran un día más. Perdóname, pero te he abandonado mucho”. “Yo no hablaba en serio”, trató de decirle Emilia. “No hablabas en serio y tus lágrimas bañaban tu rostro!”, respondió Federico.

Las mujeres de Weyerbusch se admiraron ese día de ver al alcalde de brazo con su esposa pasearse tranquilamente por las calles. Nunca había dedicado un día entero a sus deberes familiares. Quizás ésta era la única crítica que internamente le hacían las mujeres de Weyerbusch.

Al día siguiente salía rumbo a Wiesbaden en donde se enteró de todo lo que necesitaba, respecto a las semillas de papa que se vendían en Nassau. Aunque la primavera estaba ya algo avanzada, aún era tiempo de sembrar. Con su autoridad de alcalde no le fue difícil hacer el negocio y a los cuatro días el chirrear de los carros cargados de semillas llenaban de júbilo a los habitantes de Weyerbusch. Una larga hilera de vehículos se formó frente a la alcaldía para recibir las semillas. Quienes pudieron pagarlas de contado quedaron admirados del bajo precio y quienes no pudieron hacer esto se comprometieron a pagarlas con la próxima cosecha. Los arados rompieron la negra tierra y 22.000 libras de papa se hundieron en los surcos para henchir, luego, el vientre de la madre tierra con abundantes frutos.

“Será un buen año”, era la frase corriente en los labios de los agricultores y se lo debemos a nuestro alcalde.

¿QUIÉN ERA FEDERICO GUILLERMO RAIFFEISEN?



A sólo 3 horas de Weyerbusch está situada la pequeña población de Hamm. Allí la mamá de Federico atendía una pequeña hospedería y allí nació. De su padre sólo recordaba a un hombre largo y pálido en un ataúd, con dos cirios ardiendo a su lado, inmóvil y silencioso.

Tenía apenas 4 años cuando falleció siendo alcalde de la población. Ocho eran sus hermanos y la mayor, Julia, sólo tenía 17 años cuando murió su padre.

Al cumplir los 15 años Federico dejó los estudios para ayudar económicamente a su madre y se empleó como trabajador en una granja. Era un muchacho fuerte, sencillo, franco, responsable. Rápidamente aprendió todos los oficios del granjero. Además, se relacionó con pequeños agricultores que tenían problemas con los usureros. Les colaboraba haciéndoles claridad en las cuentas para evitar ser estafados. En cierta oportunidad el usurero lo golpeó fuertemente con su bastón cuando rectificó las cuentas, ofensa que nunca pudo olvidar. Este usurero se apoderó de gran cantidad de tierras, pero a su muerte sus hijos se trenzaron en interminables disputas por su posesión y al fin desaparecieron de Hamm.

Su familia era profundamente religiosa y Federico lo fue también durante toda su vida. Realmente, el motor fundamental de todo su trabajo a favor de los pobres, fueron sus convicciones cristianas. Sin embargo, afirmaba frecuentemente que sobraban principios y predicadores y faltaba gente que pusiera en práctica los principios cristianos.

A los 17 años Federico se lanzó a recorrer el mundo que para las gentes de Westerwald no iba mucho más allá del valle del Rhin. Sin embargo, con la ayuda de un tío suyo entró a estudiar en la séptima brigada de caballería en Colonia en donde permaneció tres años. En 1838 fue enviado a la escuela para inspectores situada en Koblenz en la que grupos selectos eran entrenados para expertos en tiro. Terminado este entrenamiento regresó a su unidad en Colonia, pero al cabo de un año comenzó a sentir los primeros síntomas de la enfermedad en los ojos que lo torturaría todo el resto de su vida hasta terminar completamente ciego. Lo recluyeron en un hospital y al final el médico opinó que no era apto para carrera militar.

Una inmensa depresión de ánimo puso a Federico al borde de la desesperación pues había puesto todas sus aspiraciones en la milicia. Sin embargo, su fuerza de carácter y la solidaridad que le brindaron algunos amigos de infancia que habían formado un club para compartir ratos alegres, discusiones filosóficas o poéticas y aún hacer excursiones, lograron reanimarlo, reconciliarlo con la vida y aún conseguirle un puesto en la administración pública en el Departamento del Gobierno Real Prusiano en Koblenz, de donde pronto lo trasladaron a la secretaría de Mayen y de allí a la alcaldía de Weyerbusch.

EL ALCALDE



A las 8 de la mañana Federico Guillermo **Raiffeisen** dejó a Altenkirchen. Nevaba copiosamente, pero a él le gustaba andar a pie aún por entre la espesa capa de nieve. Una pronunciada pendiente hasta alcanzar la cima detrás del Birnbach, le costó cuatro horas de buen caminar, pero al fin aparecieron las primeras casas de Weyerbusch en forma de manchas negras con ventanucos iluminados que parecían parpadear como miradas de locos. Excepto un gato huidizo, nadie aparecía por allí.

Se acercó a una de las casas y tocó a la puerta. "¿Es esta Weyerbusch?", preguntó con temor de haberse equivocado de ruta. "Sí señor", le contestó una voz gruñona procedente de alguien que medio asomaba a la puerta con marcadas señales de desconfianza. "Podría usted hacerme el favor de indicarme el camino para llegar a la alcaldía?" "Precisamente debo salir para allá", fue la respuesta del hombre de cejas espesas. "Si espera un momento iré con usted".

Raiffeisen esperó. Luego caminaron en silencio y pronto llegaron a un edificio de madera pintado de blanco. "Esta es la alcaldía", dijo su acompañante, mientras sacaba una gran llave de hierro sin pulir y abría la puerta. Federico entró a un cuarto oscuro, en cuya mitad había un viejo escritorio medio destruido por el comején. Una única Ventana dejaba entrar una luz mortecina; un viejo y desvencijado sillón y una estufa fría, completaban el mobiliario.

El hombre se sentó en el sillón y preguntó al visitante: "¿Qué diablos lo trae por aquí en un día como éste?". Por toda respuesta Federico extrajo de su bolsillo un papel que colocó sobre la mesa en frente de su interlocutor.

"Haga el favor de leérmelo", le dijo éste, que trataba en vano de descifrar el escrito. Federico se sabía de memoria su contenido, pero fingió leer: "El Señor **Raiffeisen** ha sido nombrado alcalde de la comuna de Weyerbusch y debe posesionarse del cargo desde el día de hoy". Sello y firma del Landratsat terminaban el escrito.

Un poco confuso el hombre se levantó de la silla y se la ofreció al visitante. "¡Perdone! Yo soy el secretario de la alcaldía. Hace como quince días llegó una carta de Altenkirchen, pero no había tenido tiempo de leerla. Debe ser el anuncio de su nombramiento. La tengo en mi casa".

La comuna de Weyerbusch comprendía 22 aldeas cuyos empleados hacían lo que se les antojaba. "Bienvenido, pues, a su nueva oficina ¿señor...?" "Mi nombre es **Raiffeisen**", dijo el visitante. "¡Bien, bien! Me imagino que querrá ver los archivos de la alcaldía". En una alacena empotrada en la pared cuya puerta

abrió el secretario se arrumaban códigos empastados en cueros viejos, cartas, periódicos atrasados, todo ello cubierto de una espesa capa de polvo. Federico hizo un movimiento de repugnancia y no quiso tocar nada. Luego el secretario abrió una puerta situada en la parte posterior de la oficina e indicó a Federico que por allí se pasaba a la vivienda del alcalde.

“No es posible vivir aquí porque el anterior alcalde se llevó todo lo que medio servía, dijo, disculpándose de antemano por lo desmantelado de la pieza de la habitación en la que sólo había dos camas de madera sin colchones y una estufa. “El pastor tiene una habitación confortable en la que usted podría vivir mientras arregla la suya”, añadió, entrando nuevamente en la oficina. “Debo buscar un papel para que el maestro haga el orden del día para la próxima reunión de Consejo”, le dijo, pero por toda respuesta el alcalde le indicó que el único punto de la próxima reunión sería la toma de posesión de su puesto como nuevo alcalde. “Informe de ello a los del Consejo”.

“Este alcalde como que no se deja manejar tan fácilmente”, pensó el secretario. El alcalde de 27 años no cumplidos era el más joven de cuantos habían llegado a ese puesto en muchos años atrás. Se sentó en el sillón y se cogió la cabeza entre las manos. El frío de la oficina comenzaba a hacerle mella a pesar de que aún no se había quitado su, sobre todo. La borrasca de nieve silbaba en las afueras y hacía sonar el postigo de la ventana. Se vio a sí mismo como secretario de Mayen, aburrido entre papeles y documentos oficiales y casi inesperadamente nombrado alcalde de Weyerbusch. Ese nombramiento había sido su máxima aspiración, pero en ese instante su coraje se iba menguando y una ola de tristeza lo invadía. Cerró los ojos para no ver la inmundicia que lo rodeaba y cuando los abrió estaban humedecidos.

¿Llorando? No había sucedido esto durante los duros días de servicio militar y ¿ahora qué? "Tira todo a la porra y renuncia a la alcaldía", le insinuaba una voz en su interior. Se levantó y se acercó a la ventana. El frío de afuera refrescó sus sienes.

En ese instante unos suaves pasos se sintieron cerca a la puerta de entrada y en el umbral se detuvo una hermosa joven de unos 18 años. "Soy Lisbeth Becker. Mi padre, el pastor, me ha enviado para invitarlo a la casa. El secretario le anunció su llegada, pero él no puede venir por la nieve". Hablaba rápidamente y no se atrevía a mirar de frente al joven alcalde. Este sintió una oleada de calor que le recorrió todo el cuerpo. "Ha venido en el mejor de los momentos", dijo. "Estaba pensando...". Se detuvo en la mitad de la frase: ¿largarse? ¡No! ¡Jamás haría él cosa semejante!

El pastor Becker estaba en la puerta esperándolo. "Dios bendiga su aparición en este pueblo y en esta casa Señor alcalde", dijo, apretando con ambas manos las del alcalde. "Entre y se toma un buen plato de sopa que debe estar transido de hambre. Mi esposa es excelente cocinera". Cuando vio la comida se dio cuenta del hambre que tenía. Se sentó a la mesa con la familia Becker y bien pronto se le olvidaron los malos recuerdos vividos minutos antes. "Hace apenas unos momentos he llegado como un forastero y ya me siento en familia", dijo sonriente.

"Esto debe ser un paraíso". "Pero con muchos defectos", dijo el pastor. "Las gentes llevan una vida difícil por la pobreza que los agobia. Usted mismo descubrirá eso bien pronto". "Yo he llegado a la conclusión de que a uno lo tratan como uno trata a la gente", dijo Federico. "La gente no confía en nadie, aunque uno llegue con buenas intenciones", afirmó el

pastor. "Puede permanecer en mi casa todo el tiempo que quiera". Lo llevó a su habitación y se despidió de él para que pudiera descansar del largo viaje y de las malas impresiones.

Al día siguiente el alcalde se puso a trabajar temprano. Fue a la casa del secretario y con él llegaron a la oficina de la alcaldía, tan fría como la víspera, tan húmeda y sucia. "¿Quién es el responsable de la calefacción de esta oficina?", preguntó. "Es oficio de la mujer del alguacil Brand", le contestó el secretario. "La puede encontrar a dos casas detrás de esta oficina, pero la sinvergüenza debe estar aun durmiendo, pues ayer la vi trastabillando con una botella de aguardiente en la mano". El secretario se rio con descaro.

"Paciencia, paciencia", se decía el alcalde, mientras recorría el trayecto de la oficina a la casa del alguacil. Tocó a la puerta y al abrirse un tufo de aguardiente lo golpeó en la cara. Sobre dos bancas de madera yacían 4 niños de 6 a 12 años de edad, tapados con andrajos. Un hombre cortaba un pan en rebanadas. "¿Estoy bien orientado? ¿Vengo en busca de la casa de la señora del alguacil Brand?". "El alguacil Brand soy yo", respondió el hombre, "Pero mi mujer... ¿De qué se trata?", preguntó: Soy el nuevo alcalde y tengo entendido que su esposa es la responsable de encender la estufa de ni oficina". ¡El alcalde! El hombre se puso pálido. Entró a un cuarto vecino de donde salían sordos ronquidos. "Levántate, vieja sinvergüenza", le dijo a su mujer, pero por única respuesta recibió un gruñido. "¿Hay que hacer alguna cosa?", dijo. "Yo mismo iré a prender la estufa" y salió corriendo.

Desde que comenzó su oficio el alcalde debía trabajar hasta altas horas de la noche para poner al

día los asuntos de la comuna. En marzo, cuando la nieve comenzó a derretirse, sintió la necesidad de salir cada vez con más frecuencia de esa asfixiante oficina. Quería conocer personalmente las aldeas, conversar con todos los representantes de estas sobre los problemas que las aquejaban.

Todos los días aparecía Lisbeth con un ramo de anémonas que ponía en el florero de la mesa del alcalde, "Tiene que ver los caminos", le dijo un día. "Están intransitables. Los carros se entierran hasta los ejes y la gente tiene que cargar los bultos en sus espaldas. El pan y las papas se acaban ya en muchos hogares".

Pero su estadía en la casa del pastor no podía durar indefinidamente, Por eso bien pronto pensó en arreglar su propia casa. Sin embargo, la idea de vivir Solo en ella lo comenzó a preocupar hasta entonces Federico no había puesto sus ojos en ninguna muchacha con miras a un noviazgo en forma y menos con miras a un matrimonio, pero la soledad lo entristecía y deseaba ya compartir sus vidas, sus inquietudes, sus planes, con alguien de entera confianza.

Al dejar discurrir estos pensamientos por su mente, una imagen femenina venía con insistencia a su memoria. Era la de Emilia, la hija mimada del farmacéuta de Remagen, a quien había conocido cuando departía alegremente con sus compañeros de club. Cuando Emilia cumplió los 17 años, sus padres organizaron una fiesta bailable a la que invitaron a los miembros del club. Federico notó que la muchacha lo miraba con interés, ¿pero qué aspiraciones podía albergar un modesto empleado oficial? "Venga a vernos de nuevo", le dijo Emilia al despedirse de Federico había notado que esta invitación era algo más que un cumplido convencional. Muy pronto, sin embargo, fue trasladado de Koblenz a Mayen en el

Eiffel, como secretario del distrito. Se habían vuelto a ver una o dos veces, pero ¿cómo podría hacer serias propuestas de matrimonio un pobre secretario cuyo puesto era tan inseguro? Para las profundas convicciones religiosas de un hombre como Federico, una aventura pasajera era cosa insólita.

Pero ahora las cosas habían cambiado. Era alcalde de una comuna y debía esforzarse por establecer su propio hogar. Al atardecer de un soleado día de verano se fue a su cuarto y comenzó a escribir: "Querida señorita Stork. Podría atreverme a pensar que usted todavía se acordará de mí. Han pasado más de seis meses desde la última vez que nos vimos y durante este lapso las cosas han cambiado mucho. He sido nombrado alcalde de esta comuna. El trabajo es intenso, los problemas muchos y siento la imperiosa necesidad de compartir con alguien mis inquietudes y problemas. Estoy pensando en establecer mi hogar en la casa de la alcaldía, pero necesito a alguien que me oriente sobre la forma de arreglarla. ¿Podría usted hacerme el favor de venir para que entre los dos organicemos esto? Remató la carta con las consabidas frases de despedida y la puso al correo.

Los siguientes días retomó con nuevo entusiasmo su trabajo. Convocó a la gente a arreglar los caminos y para eso les exigió que pagaran en trabajo la obligación contraída con la comuna por el uso de las tierras comunales como pastoreo y por el corte de madera. A regañadientes accedieron y se mejoraron notablemente los caminos. En esta forma Federico se libró de la incertidumbre que lo embargaba al pensar en la respuesta que recibiría de la silenciosa niña del Rhin, con sus cabellos negros y su casi demasiado pálido rostro.

En menos de una semana llegó la contestación. Abrió la carta con una agitación febril. De ella dependían sus esperanzas futuras.

“Querido señor **Raiffeisen**: Su carta ha sido una agradable sorpresa para mí. Me lo imaginaba aún en la secretaría de Mayen, pero lo encuentro ahora de alcalde de una comuna... usted me pide que le ayude a arreglar su nuevo hogar. Ciertamente no tengo mucha experiencia en esto, pero tengo mis propias ideas sobre cómo puede ser agradable un hogar... consulté con mis padres y ellos opinan que es mejor que usted venga personalmente a resolver estos asuntos de palabra y no por cartas. Escríbame pronto y avíseme que día puede venir. Será muy placentero hospedarlo en nuestra casa. Atentamente, Emilia Stork”.

Federico no sabía cómo acallar la alegría que bullía en su corazón. Inmediatamente se puso a contestar la carta. Para el sábado siguiente podría realizar el viaje. Ese sábado cogió el coche-correo más rápido camino de Linz y luego emprendió el viaje hacia el Rin. Cuando el coche entró a Remagen, el sol de la tarde se miraba en las aguas del río.

Federico se dirigió a una posada y de allí a la casa de la familia Stork. Lo recibieron calurosa y atentamente. Sin embargo, tanto Emilia como Federico se sentían incómodos y nerviosos.

“¿Con qué usted ha venido para que le ayudemos a formar un hogar en Weyerbusch?” dijo el señor Stork; “¿Pero esa casa estará acondicionada como para albergar una familia?”. Añadió. “Fue edificada hace tres años para ser residencia y oficina del alcalde de turno”, respondió Federico. “¿Ahora usted quiere acondicionarla para vivir sólo en ella?”,

preguntó el farmaceuta en tono de picardía. “No pienso vivir sólo”, contestó Federico, “Pero es necesario arreglar la casa antes de vivir en ella”. Poco a poco la conversación se hizo más fácil y hablaron sobre los muebles, la pintura, los cuadros. Entrada la noche, Federico se despidió feliz y dichoso y seguro de que había hecho una muy buena elección.

El domingo temprano esperó a Emilia y con ella fueron a donde un carpintero recomendado por la familia Stork para contratar la hechura de los muebles. Al regreso se vinieron despacio, cogidos de la mano y largos silencios dejaban espacios suficientes a la imaginación para soñar despiertos en el futuro que se acercaba promisorio y cargado de ilusiones. Para formalizar el noviazgo, en un cierto momento Federico dijo: “He venido por usted Emilia. La he querido desde la fiesta aquella en la que usted cumplió los 17 años. Desde entonces me enamoré perdidamente de usted y ahora quiero realizar mis sueños”. “Lo adiviné desde entonces”, respondió Emilia “y yo también lo he tenido en mi mente y en mi corazón desde ese momento”. “¿Entonces, podemos fijar fecha para nuestra boda?”, preguntó ansioso Federico. “Hablaemos de esto en casa”, respondió ella.

Allí se convino en que los padres de Emilia y ella misma harían una visita a Weyerbusch en los próximos días y efectivamente allí se estuvieron pocas semanas más tarde. “Una isla de paz”, exclamó el farmaceuta. Su esposa, sin embargo, observaba las praderas llenas de barro, las caras pálidas de la gente, los caminos fangosos. Federico les presentó la familia del pastor y una cálida amistad brotó bien pronto entre las dos familias. También visitaron la escuela y hablaron con la familia del maestro. Su esposa era una mujer tímida y callada que vivía solamente para

su marido y sus cinco hijos, pero de un corazón lleno de ternura para con los niños pobres cuando llegaban humedecidos y hambrientos. “Con una mujer así debes relacionarte cuando vivas aquí”, le dijo la madre a Emilia. “En corazones como el de ésta es donde late el verdadero corazón del pueblo”.

Federico las acompañó hasta Altenkirchen. “La próxima vez que vengas a Weyerbusch serás mi esposa”, le dijo a Emilia. Pero en la mente de la muchacha sentimientos encontrados se debatían como corrientes opuestas de fuertes vientos. Las tímidas y secretas lágrimas que derramó no fueron solamente por la separación de su amado, sino también por un desconocido temor por su descuidada y demasiada protegida juventud que ensombrecía su pasado y le infundía temor por el futuro.

Unas semanas más tarde cuando ya los muebles llegaron a Weyerbusch, Federico volvió a Remagen y se señaló la fecha del 23 de septiembre para la celebración de la boda.

LA ESCUELA



Nuestro alcalde llevaba ya un mes en Weyerbusch y aún no había tenido tiempo de visitar la escuela. Con frecuencia el maestro Weiher venía a la alcaldía para ganarse algunas extras realizando algunos trabajos. Un día llegó muy conmovido. Venía de un entierro: la hija de un campesino, discípula suya, había muerto. "No es posible que haya muerto la pequeña Emilia" dijo casi llorando. "Todos los días llegaba puntualmente a la escuela y tenía que hacer para ello una jornada de una hora; en ocasiones venía con los zapatos rotos en pleno invierno. Murió de frío en el húmedo y mohoso salón de la escuela".

El alcalde lo miró horrorizado. "Húmedo y mohoso" ¿Es así el salón de la escuela?". "Es un antro", dijo el maestro.

Federico hizo a un lado los papeles que estaba leyendo. "¡Vámonos! Debo ver ese salón". Estaba situado en las afueras del pueblo cerca al bosque. Piso de tierra, cielo raso apuntalado con varas para impedir que se desplomara. Las paredes mohosas por la

humedad y, además, sucias. Todo carcomido por el comején, la humedad y la mugre.

En el momento los niños se habían ido ya a su casa, por lo cual el alcalde decidió volver al día siguiente. El espectáculo que vio fue este: niños sentados en el húmedo piso de tierra, o en las ventanas, por escasez de pupitres; caras pálidas y desnutridas que lo miraban con curiosidad infantil, pero sin entusiasmo; uno que otro gordiflón hijo de algún rico, a lo mejor de un usurero. Hacía el fondo, junto a la pared, el asiento aún vacío de Emilia. Allí se sentó el alcalde. Gradualmente se dio cuenta de que un olor a moho invadía todo el salón.

Permaneció las 4 horas que duró la jornada y, a pesar de estar bien alimentado salió medio mareado y con dolor de cabeza. Estaba pálido. "Hay que hacer algo inmediatamente. Estamos asesinando lentamente al futuro de nuestra sociedad". Sintió vergüenza de trabajar en una oficina con buena calefacción mientras a pocas cuadras los niños eran víctimas de esa aterradora situación.

El consejo de la comuna se sorprendió cuando fue convocado con urgencia. "Solamente hay un punto en el orden del día: La escuela", comenzó diciendo el alcalde y les contó la tenebrosa experiencia de días antes. "Es necesario la colaboración de todas las fuerzas vivas de la comuna: los campesinos traerán madera, piedras, pondrán mano de obra; la gente del pueblo aportará también mano de obra y dinero los que tengan posibilidades. Yo, por mi parte, me comprometo a hacer los planos de la nueva escuela y a aportar parte de mi sueldo. Buscaremos un maestro de obra que dirija la construcción y mañana mismo comenzamos".

Los concejales no estaban acostumbrados a semejantes propuestas; nadie se atrevía a dar una opinión. Por fin, el secretario se puso de pie y dijo: "Es necesario que hagamos algo por nuestros hijos, ya que el señor alcalde nos da el ejemplo sin tener niños en la escuela, ni ser de aquí". No muy convencidos de la idea y a regañadientes los demás aceptaron.

Al día siguiente no muy temprano, el alcalde comenzó un recorrido por la comuna para compartir su experiencia con la gente y ganarlos al plan de la nueva escuela. La idea expuesta con entusiasmo y convicción fue calando. Por las noches se pasó largas horas elaborando los planos ya que algo de esto había aprendido en la escuela de oficiales del ejército.

Muy pronto comenzaron a llegar los primeros aportes en madera y piedra y la gente estuvo lista para comenzar la obra en un lote perteneciente a la comuna. Los cimientos se comenzaron a cavar y a rellenar con piedra y mortero; se compraron algunos elementos que no podían aportar las gentes; los que sabían de carpintería elaboraron puertas y ventanas. Bien pronto comenzaron a elevarse las paredes de madera y en pocas semanas el edificio fue techado. El fervor comunitario nunca antes despertado, hizo el milagro de construir una escuela amplia, limpia, ventilada y luminosa en poco tiempo. Todos sintieron que parte de la escuela era obra suya y de allí la enorme alegría cuando se inauguró el 5 de septiembre de 1845.

A esta efeméride se invitó al Landrat y a otras autoridades regionales y toda la comunidad de Weyerbusch participó en la fiesta. Un desfile encabezado por la banda de músicos partió de la vieja escuela; detrás venían los albañiles y carpinteros;

luego los invitados especiales, el alcalde y el Concejo Municipal; después marchaban los oficiales de las aldeas y los alguaciles, y cerraban la marcha los profesores y los niños con una enorme corona de flores. En total desfilaron unas 170 personas. Cientos de curiosos se apiñaban a lado y lado de la vía, venidos, no sólo de todos los rincones de la comuna, sino de lugares vecinos.

Al llegar a la nueva escuela los niños colocaron guirnaldas de flores en los hombros de los carpinteros y albañiles, lo mismo que ramos en las manos de los invitados especiales. El discurso de inauguración estuvo a cargo del pastor, y él resaltó la importancia que en evento tan significativo había tenido el alcalde. Este contestó tan emocionado que apenas si pudo pronunciar algunas palabras. Un niño recitó una poesía de agradecimiento y el desfile se enrutó hacia la alcaldía dejando la enorme corona clavada en la puerta de la nueva escuela.

Todo el mundo rebozaba de felicidad y aún los más incrédulos y remisos se sentían ahora copartícipes de la obra. La música continuó tocando aires bailables y se armó la gran fiesta mientras las reservas de vino del alcalde se consumían.

NUEVOS HORIZONTES

Las actividades de la unión del pan estaban tomando tales proporciones que **Raiffeisen** se vio en dificultades; le cayó simultáneamente el pago de la harina, la compra del combustible para la panadería y el pago del panadero. Le faltó dinero. El pan se vendía a los pobres a crédito y por ningún motivo permitiría que se elevara el precio.

En tales aprietos se vio obligado a solicitar un préstamo del "Comité del Pueblo Pobre". Censuras amargas se oyeron en la reunión. No eran muchos los que le criticaban, pero eran bastantes como para llevar la duda al resto y poner en peligro todo el plan. El alcalde reconoció con pesar que no era suficiente la buena voluntad para remediar la pobreza; se necesitaba educar a la gente para que se acostumbraran a ayudarse mutuamente venciendo el egoísmo. Ardua y lenta tarea, pero por lo mismo había que comenzar de inmediato.

En la siguiente reunión argumentó desde dos flancos: el cristianismo, haciendo énfasis en las enseñanzas de Cristo; "Que no sepa tu mano izquierda lo que hace la derecha". "Si traicionamos los preceptos de Cristo de amarnos los unos a los otros, seremos semejantes a los que explotan al pueblo pobre y viven a costa de los demás". Los otros argumentos partieron de la idea de que mejorando la situación de los más pobres todos se beneficiarían al final de cuentas. Una vez más sus palabras persuasivas tuvieron el efecto deseado y fue posible continuar con los trabajos de la "Unión del Pan" en el verano. Sin embargo, a quienes habían mejorado su situación les exigió que fueran pagando las deudas y compraran de contado el pan. En esa forma se

soslayaron las dificultades y el trabajo en la panadería no tuvo en adelante más dificultades.

Tres meses después de la tormentosa reunión del "Comité del Pueblo Pobre" se celebró una asamblea de la Unión del Pan. Las cuentas mostraban utilidades suficientes como para pagar el préstamo al "Comité del Pueblo Pobre" y quedaba un superávit de 30 talers. Algunos de los representantes sintieron remordimiento por haber dudado de la honradez de los campesinos pobres y del éxito de los programas del alcalde. Este, devolvió en dinero contante y sonante el préstamo y añadió: "Este año las cosechas son excelentes de modo que el hambre se ha desterrado, al menos por ahora, de Weyerbusch. Sin embargo, ruego a todos ustedes que no cierren sus corazones y sus puertas, para afrontar futuros desafíos, si es que me toca permanecer aquí".

Realmente se veía un panorama diferente en Weyerbusch: Las miradas tristes y sombrías habían desaparecido; a través de la villa los carros chirreaban cargados de abundantes frutos; las mujeres sonreían, los niños gritaban jubilosos cazando mariposas mientras las niñas arrullaban sus muñecas de trapo. "Hay una vida nueva", decía la gente mirando a la casa del alcalde.

Un buen día el cartero llegó a la puerta de la casa del alcalde con una misiva procedente del Landratsat. Con cierto desgano rompió el sobre y vio que no eran asuntos de la comuna. El contenido era breve: "Usted debe presentarse en el Landratsat el 5 de septiembre para un asunto personal". A la hora de comer mostró la carta a su esposa.

"¿Habré cometido algún error en el desempeño de mis funciones? Se preguntaba el alcalde. Sin

embargo, nada le remordía la conciencia. La semana anterior había saldado las cuentas de la harina ya que los pobres habían pagado cumplidamente sus deudas. El recibo del dinero reposaba en los archivos de la alcaldía.

“¿Me llevarás contigo?”, le preguntó Emilia. “Si estás metido en un nuevo enredo será más soportable si lo compartes conmigo”. “El gobierno hila muy delgado. Quizás los chismes sobre mi modo de interpretar las órdenes del gobierno se han filtrado hasta Koblenz. De todos modos, yo creo que el pueblo pobre de Weyerbusch podrá testimoniar en mi favor”. Le contestó Federico, un poco distraído y caviloso. “Viajaremos juntos Emilia. ¿Qué pocas veces ha sucedido esto en los dos años que llevamos de casados?”.

El bayo trotaba alegremente. El tráfico era escaso, pues todo el mundo estaba ocupado cortando el heno. Las guadañas chirreaban al roce con las piedras de afilar y el aire se llenaba de la fragancia del heno recién cortado.

Al llegar a Altenkirchen, Federico dejó a Emilia en el café. “No te demores mucho”, le dijo ella, un poco pálida. Llevaba cinco meses de embarazo de su segundo hijo.

Al entrar al despacho el Landrat se puso de pie y se vino hacia él. “Hace tiempo que no nos veíamos. ¿Cuándo fue la última vez?”. **Raiffeisen** le contestó: “El 30 de enero de este año. “¿Qué bien recordaba esa fecha, cuando puso en juego su carrera administrativa por haber interpretado, de acuerdo a su conciencia, las órdenes del gobierno! “Desde entonces han pasado muchas cosas”, le dijo el Landrat. “La comuna de Weyerbusch se ha

recuperado de sus dificultades mejor que ninguna otra. He estudiado cuidadosamente sus informes y los de otras fuentes. He sabido lo del Comité del Pueblo Pobre y la Unión del pan. Ahora me toca darle las gracias en nombre del gobierno". "Gracias a la colaboración de la gente se ha podido realizar eso. Sin ella yo no hubiera podido hacer gran cosa", dijo el alcalde. Aún no adivinaba la razón de la entrevista. Para felicitarlo ciertamente no valía la pena hacerlo ir hasta Altenkirchen.

"Aquí tiene un reconocimiento oficial del gobierno, señor alcalde", le dijo, teniéndole un pliego de papel que estaba sobre la mesa y añadió: "Pienso que usted es capaz de asumir responsabilidades más importantes. Lo tendré en cuenta para el futuro". A Federico le molestaban los agradecimientos y la última frase lo puso un poco nervioso. Con palabras de agradecimiento se despidió del Landrat y salió rápido a encontrarse con su esposa.

La encontró más pálida y un poco angustiada, pero la cara tranquila de Federico le indicó rápidamente que no tenía nada que temer. "¿Entonces, no te han despedido?", le dijo. "Me imaginaba a nosotros y a nuestros hijos buscando otro sitio en dónde vivir". "Lee esto", le dijo Federico alargándole el pliego" ... para expresar un especial agradecimiento por la magnífica forma como usted ha desempeñado el cargo de administrador en la alcaldía de Weyerbusch... sus ojos se llenaron de lágrimas y exclamó: "Gracias a Dios no nos van a sacar de Weyerbusch". "¿Quién lo va a saber?", le contestó Federico Guillermo y le contó la intención del Landrat de removerlo a una alcaldía de más responsabilidad.

En enero de 1848 llegó a la alcaldía una carta confidencial del Landratsat. En ella le preguntaba si

estaba en disposición para asumir el gobierno de un distrito mucho más amplio. En Weyerbusch las cosas ya andaban sobre rieles: las organizaciones no tenían ya problemas, la comuna tenía un superávit por la venta de madera a constructores de barcos en el Rhin. Sin embargo, una grave lacra pesaba aun duramente sobre los campesinos y era la falta de dinero que descubría un flanco muy débil a las maniobras de los usureros. El alcalde se enteraba de esto sólo cuando ya era tarde: una finca se iba a poner en pública subasta. La solución a este álgido aún no era clara y esto lo torturaba sin descanso.

Comentó con su esposa la propuesta del Landrat. Emilia estaba a punto de tener su segundo hijo y aunque no rechazó la idea, si afirmó enfáticamente que en esas circunstancias le era imposible viajar. Efectivamente, dos días después le llegó una hermosa niña a quien bautizaron con el nombre de Carolina. La madre tuvo dificultades y una debilidad cardíaca que finalmente la conduciría a la muerte, le dio los primeros zarpazos.

El nuevo decreto cayó como una bomba en Weyerbusch. "...y el 1º. de abril deberá usted hacerse cargo de la comuna de Flammersfeld en el Westerwald". "Vas a estar más cerca de tus padres", le comentó Federico a su esposa, para darle ánimos, pues aún se sentía bastante débil. "Esto no importa mucho", fue su respuesta. "Lo verdaderamente importante es que puedas realizar una buena labor allí; que te sientas realizado.

Era el año de 1848. Vientos revolucionarios estremecían la Alemania de entonces. Una ola de rebelión contra el autoritarismo reinante, contra el monopolio de la riqueza, contra la explotación de los pobres, se extendía por todos los campos y sus ecos,

aunque debilitados por la distancia, se escuchaban en Weyerbusch y sus contornos. Federico Guillermo estaba de acuerdo con la necesidad de cambios fundamentales, con que el pueblo conquistara el poder, pero no compartía ciertos métodos con los cuales se quería echar por tierra todo principio de autoridad y disciplina.

Sin embargo, Weyerbusch era aún un nido de paz y tranquilidad. Cierta día Federico Guillermo decidió hacer una primera visita a su nueva alcaldía. Guio el coche hacia delante sintiendo que se iba hacia lo desconocido. Las nieblas y los fríos de marzo aún gravitaban fuertemente sobre la región. Un viento áspero soplabla y las nubes flotaban bajas en un firmamento lechoso, empujándose hacia el horizonte como un horripilante rebaño de fantasmas, mientras la tierra parecía quejarse con oscuros presentimientos.

Cuando llegó a Flammersfeld preguntó por la alcaldía. "El edificio está allá pero no tenemos alcalde; precisamente estamos deseosos de elegirlo", le contestó un ocasional transeúnte.

Aún faltaban unas pocas semanas para el 1º de abril, pero la respuesta le pareció incomprensible. "¿Cómo así que aquí eligen su propio alcalde?". ¿Están tan avanzados en democracia que eligen su propio alcalde? Este interrogante debía ser dilucidado. Por eso se dirigió hacia la alcaldía. "Un mal día para hablar con el jefe de los empleados", fue la respuesta de quien lo recibió al entrar. "Está muy ocupado". Federico estaba resuelto a poner en claro las cosas. "Pero ¿dónde está, por favor?". El empleado le señaló una oficina contigua.

Federico abrió resueltamente la puerta y vio un enorme cerdo colgado de una viga mientras un hombre con delantal ensangrentado se empeñaba en sacarle las entrañas. “¿Qué se le ofrece? Estoy ocupado”, le dijo al visitante. Por toda respuesta Federico le alargó la hoja de papel en la que constaba su nombramiento. El empleado leyó con dificultad “...nombrado como alcalde de la comuna de Flammersfeld”. “¡Nosotros elegimos nuestro alcalde y no aceptamos nombramientos del Landratsat, aunque en Altenkirchen piensen lo contrario! “¿Y quién es usted?”. El empleado volvió a leer el folio: Federico Guillermo Raiffeisen.

Sus pensamientos volaron a Weyerbusch y comenzó a entender la razón del nombramiento. “Pero si usted fue el fundador de la Unión del Pan y consiguió las semillas de papa... Así las cosas, cambian. Sin embargo, la asamblea de la comuna es quien debe decidir sobre este asunto”. Pidiendo excusas por el mal recibimiento, trajo un vaso de sidra y llamó a su esposa para que saludara a tan distinguido huésped. Conversaron un buen rato y se despidieron como buenos amigos.

ENFRENTANDO AL USURERO



No fue difícil arreglar el problema del nombramiento del alcalde de Flammersfeld. La asamblea de la comuna se reunió y, dada la fama de emprendedor, honrado y comprometido con el pueblo pobre, que precedía al alcalde **Raiffeisen**, aceptó su nombramiento como burgomaestre. El 22 de abril de 1848 se posesionó de la alcaldía.

La salida de Weyerbusch fue una mezcla de fiesta y lágrimas: la banda del pueblo acompañó al cortejo de despedida en el que participaban más de la mitad de los habitantes de la comuna. Los niños de la escuela hacían calle de honor a su eximio benefactor y le entregaron un cuadro en donde estaba pintada la nueva escuela. Los empleados estrecharon la mano de Federico y al pastor Becker le dio la despedida entre lágrimas. Al llegar a las últimas calles del pueblo Emilia miró hacia atrás y sus mejillas se bañaron en lágrimas. Luego el pueblo se fue alejando y el coche rodó hacia adelante, hacia una nueva vida.

Era un soleado día de abril. Los cerezos se vestían de blanco, las golondrinas hacían sus nidos en

los aleros y los niños recogían las primeras flores campesinas entre sonrisas y retozos. Los campesinos miraban asombrados el enorme coche que se bamboleaba al ritmo de los accidentes de la carretera.

Una semana más tarde tuvo lugar la ceremonia de toma de posesión del nuevo alcalde: Las calles se engalanaron para tal ocasión; el jefe de los empleados le dio la bienvenida en nombre de la comuna y Federico empleó largo rato en recibir saludos y escuchar quejas y propuestas. Al final de la tarde se retiró a su casa en donde Emilia se recobraba lentamente del dolor de abandonar el hogar que había sido testigo de sus primeros amores.

La nueva mansión era amplia. Notando Federico la nostalgia de su esposa, la invitó a planear la forma de distribuir alcobas, salones y muebles y poco a poco el dolor de la ausencia se fue disipando.

Entre las propuestas más repetidamente mencionadas por los empleados de la alcaldía el día de la toma de posesión, la del camino de Flammersfeld al Rhin, ocupaba el primer lugar. Inclusive la razón de votar en favor de aceptarlo como alcalde era la fama que precedía a Federico de emprendedor y capaz de conseguir recursos. Para la apertura del camino sólo se necesitaba eso: dinero. Allí habían anclados todos los planes anteriores.

Federico meditó largamente sobre el asunto. Todos hablaban del camino, pero ninguno de la gente. Ya se habían acostumbrado a ver impasibles la pobreza extrema de muchos de sus conciudadanos. Durante generaciones les había parecido que no tenía remedio. Para unos, era la voluntad de Dios, para otros el destino y, entre los más ricos, sobre todo los que se habían enriquecido con la usura, no faltaba

quien afirmara que la pobreza era el fruto de la pereza y el vicio.

Poco tiempo después de la posesión de Federico, un hombre extraño vino a visitarlo. Venía vestido elegantemente; una espesa y bien cuidada barba enmarcaba su joven, pero recio rostro; una gruesa cadena de oro sostenía su reloj. "Soy el Barón Von Habeck de Colonia", dijo inclinándose cortésmente. El alcalde le devolvió el saludo y lo invitó a sentarse. El visitante desplegó un mapa en el que se detallaba el distrito de Flammersfeld. "Sé que usted, a pesar de estar recién posesionado de la alcaldía, conoce ya bastante bien la situación de sus gentes. Sabe que una gran mayoría está endeudada hasta la coronilla. Estoy dispuesto a colaborar con usted si acoge la propuesta que quiero formularle". Federico no sabía si estaba en frente de un filántropo o un asunto timador o usurero. "¿Por qué este extranjero se interesa precisamente en la situación económica de los pobres?". Se preguntaba en su interior. Cautelosamente, Federico le respondió. "Si quiere mejorar la situación de los pobres, gustosamente trabajaré con usted...".

El Barón de la Colonia se recostó en el espaldar de su silla y le espetó el siguiente discurso: "He gastado mucho tiempo estudiando economía política. La liberación de los pequeños y medianos agricultores, de la dependencia de los grandes terratenientes, los ha obligado a valerse por sí solos en la lucha por la vida. No tienen ni los conocimientos, ni el capital necesario para mejorar su situación, de modo que cada vez más la pobreza atenazará su garganta como un nudo corredizo. Muchos economistas están de acuerdo conmigo en que, como ha sucedido en Inglaterra hace ya tiempos, los pequeños agricultores van a desaparecer irremediabilmente".

Al oír estas palabras, un sentimiento de angustia oprimió el pecho del alcalde. “¿Y usted piensa haber encontrado la manera de impedir este desastre?”. Preguntó con ansiedad. Una sonrisa casi compasiva se dibujó en el rostro del Barón. “Lo que la naturaleza de las cosas escribe no se puede remediar, pero podemos prever a tiempo lo ineluctable”, dijo, señalando en el mapa un área que comprendía unas 15 a 20 aldeas.

“Por favor, dígame lo que se propone, señor Barón”, le dijo el alcalde pensando que quizás se trataba de una nueva teoría económica o que el hombre aquel era realmente un filántropo. El Barón se puso de pie y mirando fijamente a **Raiffeisen** dijo: “Tengo suficiente dinero como para comprar las tierras de una buena parte de los campesinos de esta comuna y convertirlos en mis empleados. Una vida mejor comenzará para ellos, señor alcalde.

¡De modo que ése era el proyecto! Destruir la única razón de existir de los campesinos, su tierra, y convertirlos en una estúpida montonera de esclavos, isujetos a la voluntad omnipotente de un déspota! Las manos del alcalde temblaban. “Ahórrese palabras señor Barón”, le dijo fríamente, aunque en su interior ardía de deseos de sacarlo a bofetones. “Hay que arrancar las raíces de la pobreza y lo que usted pretende es aprovecharse de la miseria ajena”.

El Barón tembló de ira. Enrolló el mapa. Su cara tomó de repente una apariencia de ferocidad. “También usted es incapaz de comprender el curso inevitable de los acontecimientos que lo arrollarán a usted y a su teoría de destruir las raíces de la pobreza. ¡El poder del dinero es más fuerte de lo que usted se imagina! Adiós”.

Largo rato necesitó Federico para reponerse de la angustia y la depresión en que semejante visita lo dejara. Se sentía prisionero, impotente, dentro de una reja dorada, mientras afuera el Barón de Colonia se reía de él burlonamente.

Por fin se levantó y preguntó al empleado que había sucedido mientras atendía en privado al visitante. "El correo trajo dos órdenes de remate en los pueblos de Raiferscheid y Hamm. El pastor Muller lo invita a comer mañana o pasado mañana y le quedará muy agradecido si acepta la invitación, pues tiene asuntos importantes que conversar con usted". "¿Qué camino tomó el visitante?, preguntó inquieto, pensando que quizás ya habría hecho propuestas de compra a algunos campesinos endeudados con el usurero. Vender la granja a buen precio significaba librarse, al menos por algún tiempo, de semejante esclavitud. "Tomó el camino de la Iglesia". **Raiffeisen** respiró aliviado. Si hubiera tenido la intención de realizar sus planes hubiera tomado el camino del Rhin. Al menos por ahora, podía estar tranquilo. La rutina de los asuntos administrativos lo absorbió por completo.

Cada semana el comisario Banckert debía visitar cinco aldeas, pero Federico observaba que los informes eran irregulares. El alcalde elaboró un nuevo tipo de formato para informes en el que debía constar la firma del empleado de cada aldea, certificando la visita del comisario. "El alcalde anterior siempre tuvo plena confianza en mí", gruñó el comisario al recibir el nuevo formato. "Es cuestión de poner orden en la cosa", le dijo el alcalde. El comisario insinuó malhumorado un saludo y salió.

El caso era que a Banckert le gustaba mucho la bebida. Se iba a la taberna en donde sus amigos le brindaban buenos vasos de aguardiente que ingería con placer. Al poco rato dormía con la cabeza sobre el mostrador y al despertar no sabía que aldeas había visitado y cuáles no. Por eso los informes eran irregulares y la infracciones a la ley sólo se conocían tardíamente.

El vicio pudo más que el temor a una sanción y el comisario volvió a la taberna y a traer los informes desorganizadamente. De nuevo el alcalde lo llamó al orden ya con mayor severidad: "Tendré confianza en usted una vez más, pero tiene que justificar esa confianza". Por todo comentario, Banckert habló cuando estuvo con sus amigos: No me había aguantado una reprimenda así de ninguno de los alcaldes anteriores y todos ellos eran mucho mayores que este mozuelo que se las quiere dar de muy organizado". La nueva amonestación hizo efecto por una semana, pero a la siguiente otra vez Banckert se fue a la taberna y los informes se desorganizaron.

El alcalde le escribió: "Por no cumplir con sus deberes deberá pagar la multa de un taler que se le descontará de su sueldo final del mes y no se le despidió por consideración a su familia que se vería en grandes necesidades..."

Por un momento Banckert se quedó atónito. Comentó con sus amigos las drásticas medidas del alcalde. "¡Cuántos vasos de aguardiente se podría comprar con un taler! Por lo menos 25. ¡Y todo por haber olvidado visitar dos o tres aldeas!". Algunos que tenían cuentas pendientes con la justicia y a quienes Banckert alcahueteaba a cambio de invitaciones a tomar, se ofrecieron para interceder ante el alcalde. Con esto Banckert se sintió tranquilo

y volvió a su vida disoluta. Así llegó inevitablemente el día en que recibió una carta del alcalde con una sola frase "...Queda despedido".

El alguacil se fue a la taberna a beber para adquirir coraje y luego entró como una tromba a la alcaldía.

"Retracte esa orden señor alcalde o tendrá que oír muchas cosas". Federico apenas si se sonrió: "Esta es una amenaza que no quiero tener en cuenta", le dijo. Un ánimo de motín se estaba apoderando del beodo. "Pues tendrá que escucharme. ¡Usted castiga inmisericordemente a un pobre infeliz como yo, mientras cierra los ojos a lo que hacen los poderosos! Cuando Korf paga el aguardiente que se bebe con madera de la comuna nada le sucede. ¿No es así?". Esta información cayó como una bomba sobre el alcalde. Con toda calma tomó una hoja de papel. "Prosiga, Banckert", le ordenó. Esta orden alarmó al borracho. Korf era su protector a cambio de la complicidad del alguacil, pero si lo delataba caería en desgracia. No dijo una palabra más, dio media vuelta y se fue.

Dos días más tarde Korf se presentaba en la oficina del alcalde sin sospechar a qué se debía su citación. Federico había meditado cuidadosamente lo que le tenía que decir. Hacía dos meses había cumplido los 30 años y el personaje que tenía delante estaba cercano a los 60.

¿Cuánto hace que usted viene pagando el aguardiente con madera de la comuna?". La pregunta le cayó tan de repente que no pudo menos que confesar. Hace tres años. El alcalde anterior lo sabía y no me había molestado por cosa tan insignificante.

Sin embargo, si insiste, con gusto pagaré inmediatamente la suma que sea”.

“El meollo del asunto no es ese señor Korf”, le dijo. “El principal problema radica en que se está violando la ley y desquiciando la honorabilidad de los empleados y esto es bien grave! Haré caer sobre usted todo el peso de la ley, en cuanto me enteré de que usted continua con ese deshonesto proceder”.

Aparentemente esto no fue más que un pequeño incidente, pero bien pronto notó que tenía enemigos poderosos que le estaban haciendo mal ambiente. Por eso fracasó en el intento de poner oficinas de correo en las aldeas, proyecto que el Concejo desaprobó con el baladí pretexto que podía haber personas que abrieran la correspondencia, lo que traería divisiones en la comuna en vez de beneficios.

Se iba quedando sólo el alcalde. Solamente una persona lo acompañaba fielmente en sus intentos de mejorar los servicios del distrito. Era el pastor Muller.

Los dos amigos tenían el propósito de asistir a todos los remates de tierras que se hicieran en la comuna. Escenas que partían el corazón casi les hacen desistir de su propósito: Los ojos de los pobres deudores se dirigían hacia ellos suplicantes, cuando tenían que entregar hasta la última pulgada de tierra. “¡Ayúdenos, por favor! ¡Qué será de nosotros en adelante!”. Las fincas eran rematadas inmisericordemente por menos de la mitad de su precio real, pero nada se podía hacer porque la ley no tiene corazón y el magistrado que se oponga prevarica. Solamente en contadas ocasiones algunos comerciantes aceptaron diferir el remate de solicitud

de los dos amigos, lo que dio algunas esperanzas a desolados granjeros.

“Debo llegar hasta las raíces del problema”, decía Federico una y otra vez, pero la solución no aparecía. “Analicemos los pasos por los que estas gentes se vuelven insolventes y se ven forzados a entregar sus tierras”, sugirió, en cierta ocasión, el pastor. Federico había escrito minuciosamente todos los casos que había presenciado. En sus apuntes describía al usurero como una persona aparentemente honrada y religiosa, cuyo principal objetivo era ayudar a sus hermanos en sus momentos de angustia e infortunio, con dinero contante, pero que iba apretando el lazo alrededor del cuello de su víctima sin misericordia hasta que, por último, se quedaba con todo. Recordaba un discurso de Bismarck en el que describía cómo las tierras de los campesinos ya no eran de ellos. Hasta la cama y las herramientas quedaban en manos del usurero. Los establos, los ganados, los sembrados caían en sus inescrupulosas manos. Frecuentemente era el mismo que les vendía el pan, las semillas, los alimentos, al precio que quería.

Meditando en esto, **Raiffeisen** veía las semanas interminables llenas de angustia, las noches de insomnio, de horrores y de llanto; fugaces esperanzas de que algún sentimiento humanitario se despertara en el corazón del usurero. Tragedias así sucedían a diario, ignoradas por la vocinglería demagógica que pregonaba el progreso. *El sol de Dios brilla sobre justos e injustos, pero no calienta a aquellos que están sumidos en la desesperación*, echados de sus casas.

Recordaba las palabras de Shylock a propósito de una subasta: “... el magistrado que presidía el remate puso todos los argumentos inimaginables para

impedir la venta al infame precio de la tercera parte de su valor real. Arrodillado, el campesino rogaba que le mejorara el precio, pero el acreedor presionaba sin piedad al magistrado para que pronunciara sentencia de acuerdo a la letra de la ley. Con el corazón oprimido, el juez se vio obligado a cerrar la venta. En esa forma, establos, graneros y una buena posesión, pasaron a manos del usurero, ese terrible "bienhechor de la humanidad", por la ridícula suma de 40 talers, siendo el precio justo más de 100. Como animales de presa en la jungla, estos inescrupulosos y voraces chupasangre caían sobre indefensos campesinos, aprovechándose de su ignorancia y de su pobreza, para irse apoderando de finca tras finca, con la usura y los negocios de mala fe".

En Flammersfeld existía esa clase de "Bienhechores de la humanidad y devotos cristianos mientras más crecía la pobreza y aumentaba el número de necesitados, más crecía la avidez de los comerciantes desalmados. Viniendo de una de estas subastas le pareció a Federico Guillermo que le seguía la figura burlona del Barón de Colonia: "Todos los poseedores de pequeñas y medianas parcelas deben desaparecer! ¡Compraré las aldeas!". "No puede ser!" chilló Federico, y cubrió sus oídos con sus manos.

Un día de esos, el pastor Muller se acercó a Federico y le dijo: "Hoy hace precisamente un año que asistimos al primer remate", y sonrió con amargura.

Raiffeisen conocía el número exacto de los sucedidos desde entonces: "Han sido realizados 60, de los cuales sólo dos han sido postergados por nuestros ruegos". ¿Cuáles han sido las causas del endeudamiento en la mayoría de los casos?", preguntó el pastor. Sabía que **Raiffeisen** llevaba sus apuntes detallados. Este sacó de su portafolios un

libro de apuntes en el que tenía todos los datos. Analizando página tras página, finalmente llegó a una conclusión asombrosa: "Es extraordinario!", exclamó. "En la mayoría de los casos el robo comienza en la entrega de ganado a crédito. ¡Entonces, ésta es la nariz de la pobreza de nuestro pueblo! ¡La raíz de la pobreza...!". de repente **Raiffeisen** se detuvo mirando al vacío. "¡Buen Dios, buen Dios! ¡Encontré al fin la raíz de la pobreza!". Se sentaron en el estudio del pastor hasta bien entrada la noche.

El primer paso es impedir que los prestamistas obliguen a los campesinos a recibir ganado a crédito. Debemos conformar una Unión mediante la cual los pobres puedan comprar ganado a largo plazo y con intereses cómodos. Por medio de pequeños y bien espaciados pagos, cada campesino tendrá que ir capacitándose para que, con su propio esfuerzo, vaya haciéndose dueño de sus animales. En caso de mala suerte, los períodos de pago deberán alargarse convenientemente.

Las palabras brotaban de su boca como un torrente, mientras su imaginación volaba incontenible. "Sólo necesitamos una cosa: dinero; ¡una buena cantidad de dinero! Tenemos que encontrarlo en alguna parte", fue la angustiada conclusión.

El pastor apenas si podía seguir la hilación de sus frases, pero el entusiasmo del joven alcalde era contagioso. El anciano, sin embargo, movió la cabeza dubitativamente: ¿Quién nos va a proporcionar dinero suficiente como para emprender un plan como este? Quienes tienen el dinero en Flammersfeld son precisamente los usureros a quienes tú estás tratando de quitarles su negocio". "¡Entonces, debemos conseguir un préstamo en alguna parte!". **Raiffeisen** estaba completamente obsesionado por la idea.

“Pero cómo conseguirlo sin un buen respaldo”, le dijo el pastor. “Respaldo, respaldo...”, dijo pensativamente el alcalde. “Esta es la clave del problema”. En Weyerbusch había creado el Comité del Pueblo Pobre, pero en ese caso sólo se trataba de unos cuantos cientos de talers. Ahora necesitaba miles. ¡Un sólo hombre nunca podría ofrecer un respaldo semejante, pero entre varios... o entre muchos!

Se puso de pie de un salto: “¡Muchos, pueden aportar el respaldo... uniéndose! En Flammersfeld tiene que haber muchas personas de corazón cristiano y con propiedades sin hipotecar. Ellos darán el respaldo que necesitamos. No necesitan aportar dinero, sino respaldar a sus hermanos pobres”.

Federico Guillermo, ordinariamente tan mesurado y prudente de pronto entró en tal agrado de excitación que casi brincaba de alegría. Las estrellas brillaban coquetas en el cielo cuando Federico regresó a casa, ya bien entrada la noche. Emilia esperaba inquieta a su marido. “¿Qué te ha pasado, Federico?”, le preguntó al verlo. “Tus ojos brillan de manera extraña”. Algo maravilloso, querida. Dios me ha concebido una nueva inspiración.

Cuando le hubo contado el plan Emilia lo abrazó tiernamente, “Si éste fuera el último día de los remates, ¡Federico Guillermo!”.

“La Unión para la ayuda de los campesinos empobrecidos” fue el nombre que el mismo **Raiffeisen** eligió para la nueva organización. El y el pastor Muller hicieron la lista de las personas que cumplieran las condiciones necesarias para participar en la Unión y visitaron personalmente a todas las que

podieron. A las otras se les escribió invitándolas a una reunión en casa del alcalde.

60 personas respondieron al llamado. Federico Guillermo les explicó detalladamente el plan. No hacía falta describirles la situación de los campesinos porque todos la conocían bien, aunque ya se habían acostumbrado a verla, casi con indiferencia. “¿Qué tenemos que hacer?”, preguntó alguien. “Sencillamente firmar el documento por el que nos comprometemos a respaldar el préstamo y sus intereses. Los campesinos que reciban el ganado tendrán que hipotecar los animales a la Unión hasta que paguen completamente sus deudas. “Un problema quedaba por resolver. ¿Dónde encontrar el hombre que prestará los primeros 2.000 talers para redimir el ganado que estaba en manos de los usureros y comprar algunas reses más? Juntos, el pastor y Federico caminaron el Rhin abajo para visitar la firma con la que éste había negociado cuando estaba en Weyerbusch. Esta firma los puso en contacto con un banco y recomendó al alcalde como persona honrada, cumplidora y responsable.

El banquero quedó extrañado de la solicitud. Nunca había recibido una propuesta de crédito con el respaldo de pequeños propietarios. Si los deudores no cumplen tendría que embargar a cada uno de los 60. Se puso a leer los estatutos de la Unión. Le llamó la atención especialmente el capítulo tercero: “Todos los miembros mancomunadamente y cada uno por separado se responsabilizan de los compromisos que contraiga la Unión para lo cual empeñan todas sus propiedades”. Esto implica, pensó, que la responsabilidad de cada miembro es ilimitada, lo cual significa que el respaldo al crédito es muchas veces superior a éste. “Esto cubre ampliamente todo riesgo”, dijo. “Puede contar con un préstamo por

2.000 talers, al interés corriente y a un plazo de cinco años.

Cuando los dos amigos caminaron el Rhin arriba un gozo desbordante invadía sus corazones. Ya veían los rostros angustiados de las mujeres transformados en sonrientes caras, felices por poder rescatar sus queridas tierras de manos de los usureros y las manos encallecidas de los campesinos levantadas en alto en gesto de victoria sobre sus opresores y explotadores. "No os preocupéis más" se decía Federico a sí mismo; "Traigo 2.000 talers y con ellos os rescataré de las garras de vuestros verdugos". Su corazón cantaba.

Un pequeño tropiezo encontró al querer buscarle reconocimiento jurídico a la organización. El Landrat encontró difícil darle tal reconocimiento por lo insólito de la empresa y por tratarse de transacciones económicas que requería certeza sobre la buena fe de sus miembros. "Puede durar un año el estudio de su solicitud" fue la respuesta del Landrat, "Pues el gobierno va muy despacio con estas cosas".

Pero las necesidades de los campesinos no daban espera y, además, cuando una idea se enseñoreaba de **Raiffeisen** estaba seguro de su utilidad, no había poder humano que lo detuviera. El problema radicaba en que el banco le había exigido el reconocimiento jurídico de la organización. Federico volvió al Rhin abajo hacia Colonia y explicó al banquero su situación. "Si usted consigue 20 personas que ilimitada y mancomunadamente firmen un documento en que se responsabilicen por la deuda, le sostengo el ofrecimiento de los 2.000 talers".

El primero de diciembre de 1849 comenzó operaciones la "Unión para la Ayuda de los Campesinos Empobrecidos". Para la nochebuena ya

habían rescatado el ganado de los más pobres, que estaba en manos del usurero. Se cambiaron los papeles: en adelante ya no fijaría los precios el comerciante, sino que peritos nombrados por la Unión avaluarían los animales y fijarían los intereses y si el usurero no estaba de acuerdo le devolvían el ganado o el dinero. Los campesinos que antes se amilanaban ante el explotador ahora levantaban altivos la cabeza y denunciaban todas las extorsiones y engaños de que habían sido víctimas.

Cuando en la nochebuena el pastor leyó el texto de San Lucas: "... y el ángel les dijo: No temáis, porque he aquí que os traigo noticias muy buenas y que lo serán también para todo el pueblo, porque en medio de vosotros hoy ha nacido el salvador..." los habitantes de Flammersfeld sintieron que este texto caía como anillo al dedo a su situación, y el pueblo necesitado y explotado pudo cantar lleno de alegría: "Gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad".

En el primer año se compraron 72 vacas para otros tantos agricultores pobres que las debían pagar en cinco años. Esta compra copó los 2.000 talers del préstamo, pero ya la Unión gozaba de gran fama y de mucha confianza en la comuna y ante una invitación del alcalde y demás directivas la gente aportó abundantemente los dineros disponibles por los cuales se ofrecía un interés corriente. Tan grande fue la afluencia, que la Unión pudo contar con suficiente capital como para financiar las operaciones del año siguiente.

El poder de los usureros se fue a tierra y varios de ellos tuvieron que emigrar en busca de otros sitios en donde pudieran continuar extorsionando.

Durante el segundo año la Unión compró 110 reses y en el tercero el número subió a 152. Por último, la compra de ganado se volvió tan complicada que se resolvió darle al campesino el dinero para que comprara sus animales en las ferias.

Un año más tarde **Raiffeisen** tuvo la idea de instalar un banco en Flammersfeld, pero tanto el Landrat como el gobernador de Koblenz, le tuvieron miedo a la idea y no obtuvo la aprobación.

Entretanto la familia del alcalde se aumentó con el nacimiento de otra niña a quien dieron el nombre de Bertha.

LOS SACRIFICIOS DEL ALCALDE



Una vez más la familia **Raiffeisen** se subía al coche que los debía transportar lejos de su hogar. A Emilia le había nacido el cuarto hijo hacía dos meses y al mes de nacido se había muerto. Se sentía débil. Era otoño: las golondrinas se preparaban para un largo viaje. “¿Nos iremos tan lejos como las golondrinas, madre?” preguntó Amalia. “No tan lejos, pero ellas volverán a Flammersfeld y nosotros no”. “¿Entonces, ¿quién visitará la tumba de nuestro hermanito?”, preguntó la niña de 10 años. “De Flammersfeld a Heddesdorf no hay mucha distancia; podremos venir de cuando en cuando a traerle flores”.

“Heddesdorf, Heddesdorf...” murmuró la niña. “¿Qué vamos a hacer allá?”. “Tu padre ha sido nombrado alcalde de esa comuna y tendremos que ir a vivir allá”.

Efectivamente, unas semanas antes el Landrat había informado a la comuna de Flammersfeld que “... en reconocimiento de su competencia y de sus grandes servicios al bienestar del pueblo, el alcalde

Raiffeisen había sido promovido a una más amplia y nueva esfera de acción”.

Al saber la noticia una tormenta de protestas se había levantado en todas las aldeas. Delegaciones de empleados y pueblo en general habían llenado las oficinas del Landratsat, pidiendo que se revocara tal decisión. “¿Ahora que las cosas andan bien y que el trabajo es más suave, lo van a cambiar?”, decían. “Precisamente, si las cosas van bien ya no necesitan de su presencia”, fue la respuesta del Landrat. “¿Y la terminación de la carretera?”. “El señor **Raiffeisen** podrá ir una vez por semana a Flammersfeld para observar la marcha de los trabajos”.

No muy satisfechos con la respuesta del Landrat, tuvieron que regresar las comisiones. Las escenas de despedida de Weyerbusch se repitieron: Cortejos de niños y de gente del pueblo rodeando al alcalde en su despedida; la banda de música entonando melodías de agradecimiento y despedida; bosques de manos tendidas para apretar las del viajero; lágrimas nublando los ojos de infinidad de personas sencillas y una nube de pañuelos blancos que se fue perdiendo en la distancia.

Los pensamientos de Federico volaban hacia su nuevo campo de acción. Dejaba una Unión para la Mutua Ayuda, funcionando normalmente, el dinero afluía a sus arcas en forma abundante porque la gente se había acostumbrado ya a ahorrar. El pastor Muller y otros dirigentes podrían continuar orientando y administrando la organización. A él no le gustaba trabajar allí donde las cosas andaban sobre ruedas; le gustaba estar en donde había desafíos que afrontar, campos en barbecho que roturar, dificultades que vencer, problemas que resolver.

A mediodía, cinco horas después de haber dejado a Flammersfeld, el coche rodaba sobre el desigual empedrado de las calles de Heddesdorf, una ciudad semirrural, semiurbana, por su cercanía a las fábricas de Neuwied a donde iban muchos de sus habitantes a trabajar todos los días. No se veía, aparentemente al menos, la misma pobreza de las otras comunas, pero debajo de las apariencias de bienestar y progreso, las amarguras de largas privaciones atenazaban innumerables hogares campesinos y obreros, pues la riqueza se acumulaba en manos de unos pocos como fruto de un sistema que infaliblemente conducía a la explotación de las masas proletarias.

El coche atravesó toda la ciudad y enrutó por el camino de Neuwied, pueblito cercano a Heddesdorf, ya que la casa del alcalde no había sido construida aún. Al fin apareció un viejo edificio y los niños saltaron alegres del coche para entrar en la nueva casa. Emilia se agitaba bajo el impulso de sentimientos encontrados: por una parte, volvía al Rhin, el paisaje familiar en donde se mecía su cuna, y los aires natales le traían frescura y alegría. Por otra parte, dejaba el Westerwald al que había llegado con un corazón pletórico de amor y esperanzas, como la prometida del hombre de sus sueños y en el que había realmente gozado de momentos de intensa ternura y alegría. Las aguas del Rhin refrescaron su corazón aún débil y una buena parte del cual se había quedado al otro lado del bosque en la tierra de las gentes pobres.

Pocos días después Federico entrevistaba a un arquitecto y entre los dos diseñaban la estructura de la Casa Municipal de Heddesdorf.

Una vez por semana Federico le dedicaba un día a revisar los trabajos de la carretera de Flammersfeld. Cuando llegaba ese día, Emilia se levantaba a las cuatro de la mañana para preparar el desayuno al viajero. Este tomaba el coche y después de cinco horas de duro viaje arribaba al pueblo. Trabajaba durante el día y al atardecer regresaba a su casa en donde el cariño de su esposa y de sus hijos, le devolvía las fuerzas para reanudar actividades al día siguiente.

Una noche oyeron ruidos extraños en el piso de abajo de la nueva casa poco antes estrenada. Federico se levantó con cuidado y al bajar las escaleras su linterna alumbró una figura enmascarada "¿Qué hace usted aquí?", le dijo Federico, pero por toda respuesta el intruso se abalanzó contra él. Rodaron por el piso trenzados en combate cuerpo a cuerpo. Pero no en vano Federico había sido soldado: ya lograba dominar a su adversario cuando éste sacó un cuchillo. El arma brilló por un instante amenazante sobre Federico. Sin embargo, éste logró agarrarlo de la muñeca y se la retorció con fuerza tal que el arma rodó por el suelo. Federico le puso una llave y lo inmovilizó. El ladrón aceptó su derrota: "¡Déjame ir, por favor! Fue la pobreza la que me obligó a hacer esto. Si me entrega a la policía algún día se arrepentirá de haberlo hecho". "No me asustan sus amenazas", respondió el alcalde. "La ley decidirá su suerte". "Tuve una mala hora y quizás ya no tenga oportunidad de mejorar mi vida. Nunca olvidaré lo que usted haga conmigo". "Cualquier cosa que pretenda hacerme la tendrá que pensar despacio". Fue la respuesta del alcalde.

Mientras tanto Emilia había salido gritando y pidiendo ayuda. Vino la policía y se encargó del ladrón. El alcalde le hizo el interrogatorio y supo que

se llamaba Tomás Wendt. Lo llevaron a la cárcel mientras era remitido a Koblenz.

Cuando Federico regresó a su habitación, encontró a Emilia inconsciente, tirada en el suelo. La levantó y logró hacerla volver en sí. Poco tiempo después el médico dictaminaba que el corazón de Emilia estaba muy débil. “Debe impedir que tenga sobresaltos o emociones fuertes. De lo contrario puede tener un desenlace fatal”. Federico sintió que un dolor horrible le penetraba por los ojos. Subió despacio la escalera. Los pies le pesaban como si fueran de plomo y le pareció que todo se desmoronaba a su paso. Se apoyó contra la pared mientras trataba de recuperarse un poco para no aparecerse ante Emilia en esa situación y se clarificaba un poco su vista nublada. Algo recuperado subió a la alcoba y poco a poco ambos se recobraron del susto.

Algún tiempo después, el hermano de Emilia, el pastor Renkhoff vino a visitarla. Dialogaron sobre el suceso del ladrón: “Tomás Wendt no es el único que tiene que apelar a métodos ilícitos para tratar de sobrevivir a la pobreza. Es necesario encontrar la forma de ayudar a gentes que como él están al borde de la delincuencia, impulsados por necesidades angustiosas”. La mente de Federico comenzó nuevamente a buscar fórmulas para solucionar este problema. Planeaba canalizar todo el potencial económico de su enorme distrito para construir una poderosa organización. “Lo que necesitamos es un buen grupo de personas que se comprometan a coordinar esfuerzos para organizar un extenso trabajo de ayuda a los más desprotegidos”. Le decía Federico al pastor. “Cada quien depositará el dinero que pueda a interés y nosotros y nosotros lo prestaremos a largos plazos a los más necesitados”. Renkhoff estuvo de acuerdo y listo para colaborar. “Si logra repetir la

experiencia de Flammersfeld, los resultados no tardarán en manifestarse”.

Federico comenzó de inmediato la obra: Muchas personas, amigos y admiradores suyos concurren a su llamado y un gran entusiasmo hubo al principio, pero bien pronto las dudas y los temores de perder su dinero comenzaron a minar el primer entusiasmo y a dar alas a un escepticismo malsano. Pero **Raiffeisen** estaba hecho a prueba de disgustos y amarguras. Por fin 55 personas quedaron firmes y se decidió crear la “Sociedad Caritativa de Heddesdorf”.

El primer objetivo fue el de ayudar con créditos baratos a campesinos pobres y a pequeños artesanos, con el fin de que consiguieran materia prima éstos y ganado a precios cómodos aquellos. El dinero fluyó abundantemente y no hubo necesidad de apelar a fuentes externas. El alcalde hizo una lista de la gente más necesitada y poco a poco los fondos fueron canalizándose hacia la solución de las necesidades. Viudas, huérfanos, campesinos endeudados, artesanos con dificultades para impulsar mejor su oficio, se vieron favorecidos con los préstamos.

Un día alguien golpeó a la puerta de la casa del alcalde. Cuando Emilia abrió y reconoció al visitante, su corazón dio un violento vuelco. “Usted me reconoce”, dijo el hombre con amargura. “Sí, soy realmente Tomás Wendt. Esta mañana salí de la cárcel y vengo a visitar a su marido” los labios de Emilia se estremecieron. “No pretendo atemorizarla, señora. El alcalde me escribió a la cárcel diciéndome que me ayudaría cuando cumpliera mi condena”. La mujer recobró el aliento. “Federico no está en el momento, pero llegará más tarde”. “Entonces me voy y vuelvo dentro de un rato”. Hizo ademán de bajar

las escaleras, pero Emilia lo llamó: "Usted debe tener mucha hambre. Venga conmigo".

Los niños lo miraban con ojos extrañados cuando el hombre devoró un buen plato de sopa y luego otro. Con ansiedad no disimulada se comió el pan y el color volvió a su pálido rostro mientras la mirada huidiza desaparecía de sus ojos. Con el corazón ensanchado Tomás Wendt salió de la casa.

Al atardecer regresó cuando Federico se hallaba en ella: "Esta noche vas a dormir en el cuarto de huéspedes y mañana te enviaré a entrevistarte con el pastor Renkhoff en Anhauden, quien te conseguirá trabajo en una empresa sin que nadie se entere de tu pasado".

Un año antes había entrado a esa misma casa para robar y ahora se encontraba durmiendo tranquilo en la misma, sin que nadie lo vigilara.

Pero Emilia no pudo dormir: su quinto alumbramiento estaba para comenzar. Sin embargo, sucedió varios días después.

Durante varios años la "Sociedad Caritativa" progresó notablemente, pero con el tiempo los miembros comenzaron a desinteresarse de ella. Federico tuvo que suspender la ayuda a los expresidarios, luego el cuidado de los niños expósitos y por último, algo que llevaba muy en el corazón: la biblioteca para el pueblo. Sólo continuó con los préstamos, pero aún a esta actividad le fue faltando respaldo.

Aún los miembros los miembros más adictos y fieles comenzaron a dudar cuando los préstamos sumaron 22.000 talers. Algunos se opusieron a dar

más créditos y propusieron la suspensión de estos y la gradual liquidación de la sociedad.

Al séptimo año de funcionamiento Federico convocó a asamblea general. La mayoría concurrió, pero aún antes de iniciarse se sentía una fuerte corriente de oposición. El presidente ordenó la lectura del orden del día. El profesor de la escuela Lauff, que hacía de tesorero desde el comienzo, llegado el momento, leyó el balance. Una vez más se confirmó que ni un sólo taler se había perdido. "¿Están ustedes de acuerdo con el balance?". Preguntó el presidente, un silencio glacial siguió a la pregunta. Nadie se atrevía a dudar del balance, pero la mayoría estaba por apoyar la idea de la paulatina disolución de la organización.

Raiffeisen estaba muy pálido cuando dijo: "Muy bien, señores. Si ustedes no quieren trabajar conmigo, iré a las carreteras y a los caminos y convocaré a los pobres, a los ciegos, a los lisiados..."

ABISMOS DE DOLOR



Cuando Federico **Raiffeisen** habló de convocar a los lisiados, a los pobres, a los ciegos, no pudo saber que esa expresión había de ser la idea más feliz de su existencia. Sin embargo, en el momento todo parecía derrumbarse como un castillo de naipes. Las organizaciones que había creado estaban basadas fundamentalmente en los principios del amor al prójimo, y a la mutua ayuda como muestra fehaciente de ese amor; pero una cosa era la teoría y otra muy distinta la práctica. Todos sus compañeros eran teóricamente buenos cristianos, pero cuando amenazaba sus intereses personales, aunque fuera por ayudar a los demás necesitados, empezaban las vacilaciones y se oscurecían las ideas.

Era necesario ligar entre sí los miembros de las organizaciones, por algo diferente a una ideología altruista. Hasta entonces los miembros no habían tenido ningún aliciente personal, distinto a la satisfacción del deber cumplido. Ni siquiera los directores tenían remuneración. Era difícil esperar que el entusiasmo durara largo tiempo. La situación actual confirmaba plenamente esta conclusión. Para

él había una ley no escrita pero fundamental: ninguno de los miembros debe sacar provecho propio de la sociedad. Durante quince años había defendido tercamente este principio, pero ahora veía que era imposible continuar defendiéndolo. Cuando dejó Weyerbusch y Flammersfeld, muy pronto las organizaciones comenzaron a decaer y ahora, en Heddersdorf estaba sucediendo lo mismo, aun estando él presente.

Emilia lo observaba silenciosamente, pero intuía que algo lo preocupaba profundamente. "Toma uno o dos días de vacaciones y vete al Westerwald. Lo necesitas". Federico dudó un momento, pero luego dijo: "Tú siempre sabes exactamente lo que me conviene, Emilia".

Dos días después salía a recorrer sus antiguos campos de trabajo. Se internó en los bosques en donde el silencio majestuoso de los grandes árboles lo envolvió por completo. Sólo el silbido del viento interrumpía la calma mientras el verde joven de las hayas refrescaba sus débiles ojos.

"Es necesario despertar el interés de los socios de modos que todos tengan algún aliciente personal en la organización. Los cojos, los lisiados, los ciegos y los deudores también deben hacer parte de ella. "Recordó una frase del pastor Renkhoff: "Una ayuda sin exigir ningún esfuerzo o contraprestación quiebra a la larga las voluntades y se convierte en un peligro grave". Frecuentemente el mismo **Raiffeisen** había dicho que los pobres podrían ayudarse mutuamente, pero no había encontrado la fórmula apropiada para realizar esto. Ahora comenzaba a ver claramente lo que se debía hacer en el futuro: cambiar la Sociedad de Claridad por una Sociedad de Ayuda Mutua.

Esta idea iluminó por completo el panorama del futuro. Había que seleccionar las personas beneficiarias de los servicios, de manera que ellas pudieran también ayudar a los necesitados, de acuerdo con sus posibilidades.

De repente la verdad del aforismo: "Uno para todos y todos para uno", le pareció evidente y luminoso.

Radiante de gozo regresó a Heddersdorf y convocó a asamblea. La claridad con que expuso las nuevas ideas dejó atónitos a los asistentes. Parecía iluminado. "Solamente aquellos que quieran participar en la común tarea de responsabilizarse de la sociedad, podrá tener derecho a participar en sus beneficios". Quien quisiera un préstamo debía hacerse, cuyo nombre debía ser cambiado por el de "La Unión del Crédito de Heddersdorf".

Sin embargo, negros nubarrones se cernían sobre su vida. Primero fue la epidemia de tifo que hizo su aparición en una de las aldeas, Segendorf. "15 casos de tifo de los cuales dos fatales, han sido descubiertos", diagnosticaba el doctor Schwalbe; ambos eran trabajadores mal nutridos. Se puso en cuarentena el caserío. Nadie podía entrar ni salir de él. Sólo el alcalde con un anciano que fue el único voluntario que se ofreció a acompañarlo, visitaron los enfermos y les llevaron provisiones. La población parecía un cementerio; un silencio de muerte reinaba en todas partes. Aún los sanos no se atrevían a salir a las calles por miedo al contagio.

Federico y sus acompañantes visitaron asiduamente a todos los enfermos llevándoles los auxilios que recogieron.

Una tarde Federico se sintió sacudido por una intensa fiebre. Al día siguiente perdió el conocimiento y fue llevado al hospital. Emilia estaba de vacaciones en su casa paterna, pero sus hijos velaron día y noche al pie de la cama del enfermo. Gracias a Dios fue una fiebre de origen nervioso no el temible tifo. Sin embargo, tuvo que pasar largo tiempo recluido en la cama y cuando se levantó estaba aún muy débil.

Pero en peor estado se encontraba su esposa. Viajó de urgencias a Remagen. Durante el viaje tuvo tiempo de recordar las dulces horas de su hogar, el cariño inalterado de su esposa y de sus hijos. Estos habían sido siete, pero tres de ellos habían muerto en temprana edad. Emilia siempre había sido una mujer de débil complexión y su enfermedad cardíaca avanzaba inexorablemente.

Cuando **Raiffeisen** entró a la casa de sus suegros, la madre de Emilia lo recibió con lágrimas en los ojos: "Emilia tuvo otro ataque ayer. Estábamos muy preocupados porque parece que ya no se levanta". Emilia saludó a su esposo con una débil sonrisa. Federico tomó sus manos entre las suyas: "No te aflijas, querida. Pronto estaremos de nuevo todos juntos. Los niños están bien y te esperan. Necesitas tranquilidad y un buen descanso".

Federico hacía un gran esfuerzo por conservar la serenidad, pero una espesa bruma se interponía entre él y su esposa. La reciente enfermedad había dejado hondas huellas en sus débiles ojos. Quería ocultar esa terrible realidad a su esposa, pero ella se dio cuenta cuando no pudo leer una carta de los niños. "Si, pero estoy cansado del viaje y mis ojos siempre se resienten mucho cuando viajo; tú lo sabes".

Dialogaron un rato a pesar de que Federico no quería que ella hablara mucho. "Los niños están bien,

sobre todo Amalia que se ha hecho cargo de la casa junto con una buena nodriza que he contratado. Rodolfo parece que gana el año, aunque sigue siendo perezoso para el estudio; ahora está más aplicado”.

“Dale saludes especiales a él”, le dijo Emilia. “Yo rezo todos los días para que Dios lo ilumine”. “Por cierto que nuestra vida me parece un sueño”, le dijo Federico y añadió: “Quizás todo en la vida es un sueño y sólo despertamos a la hora de la...” se detuvo. “De la muerte”, concluyó Emilia. “Yo pienso mucho en la muerte y no me parece una figura espantosa. Es como un soplo que cae sobre la parpadeante llama de nuestra vida”.

“Estamos alargando mucho la conversación y tú debes descansar”. Un cariñoso beso de despedida puso término a la conversación y Federico tomó el camino de regreso.

Pero su enfermedad iba en aumento: Emprendió el camino andando a ciegas. Carros y hombres pasaban junto a él como sombras. Cuando extendió la mano hacia delante como para evitar un choque, las cosas se desvanecían como espectros. “¿Seré capaz de cumplir con mis deberes como alcalde?” se preguntó seriamente, y la respuesta parecía ser negativa. Aunque procuró ocultar su problema en la oficina, muy pronto se enteraron de él, pues trataba de leer las cartas poniéndoselas muy cerca de sus ojos y terminaba preguntando en donde tenía que poner la firma.

El 29 de agosto de 1.862 escribió su carta de renuncia: “...No solamente se me dificulta el cumplimiento de mis obligaciones por mi problema de la vista, sino que fuertes dolores de cabeza me atormentan frecuentemente... si me puedo retirar con

la mitad de mi sueldo podría librar a mi familia del hambre..." después de 17 años de servicios sólo podría aspirar a una pensión de caridad.

Sin embargo, el landrat no aceptó su renuncia. "No se dé por vencido; toda enfermedad tiene cura aún la de los ojos", le dijo. También los empleados de la alcaldía se opusieron a su renuncia y, por último, se decidió que se le concedieran unas largas vacaciones. Se fue a las colinas de Westerwald, pero aún allí los dolores de cabeza lo siguieron y una depresión cada vez mayor lo puso al borde de la desesperación. Creyó que sus días estaban contados y escribió su testamento: "Jamás, mis queridos hijos, jamás, olvidéis las palabras del señor: Yo soy el camino, la verdad y la vida. Buscad siempre la verdad a través de las enseñanzas de Cristo... mi Dios os bendiga como yo os bendigo".

Más calmado y reconfortado espiritualmente regresó a Heddersdorf. Fue luego a visitar a su esposa en compañía de sus hijos, pero ésta no podía tener fuertes emociones. Emilia había sido preparada para recibir la visita, pero aun así las lágrimas bañaron su rostro al ver a sus hijos. Sin embargo, tuvo presencia de ánimo para preocuparse por la salud de su marido. "Tienes que tomar un largo descanso", le dijo. ¿Por qué no vas a tu casa paterna?; "creo que los aires natales renovarán tus energías". "Pero ¿qué será de ti entre tanto?", le preguntó Federico, impresionado por las gruesas gotas de sudor que mojaban su frente. "Me siento mejor Federico, y no estarás tan lejos como para que no puedas regresar pronto en caso de que mi salud empeore".

Con la seguridad que le dio el médico de que en realidad la salud de Emilia mejoraba, decidió tomar unos días de descanso en las colinas de Eifel.

Durante el viaje Federico se sintió poco menos que dichoso. En Mayen alquiló un cuarto y todos los días salía de paseo. Otra vez se sintió con ánimo de planear cosas: Un ferrocarril a través del Westerwald. Inclusive hizo los planos y con su imaginación tendió los rieles.

Un día caminaba por el bosque tratando de alcanzar las colinas más elevadas, pero una tormenta lo hizo desistir de su empeño. Regresó a Mayen. Allí lo esperaba un mensajero con una carta para entregar personalmente. Con ansiedad rasgó el sobre. "Querido Federico Guillermo..." era su suegro. "Esto es tan terrible que no encuentro palabras para decirlo. Ayer de mañana, un nuevo ataque hizo morir a Emilia..." el resto de la carta desapareció en un confuso torbellino. Por un momento su mente quedó completamente vacía. La tormenta llegaba ya a Mayen; los rayos y los truenos se sucedían sin interrupción mientras el granizo azotaba los vidrios de las ventanas. **Raiffeisen** se inclinó sobre una mesa. "Emilia se fue... Emilia se fue..." era el único pensamiento que le venía a la mente. "Pero, y los niños: ¿Amalia, Berta, Lina, Rodolfo?" parecía que lo llamaban a través de los aullidos del huracán.

Al fin decidió abrir los ojos. Se levantó, tomó el coche y viajó durante toda la noche por entre el huracán y la lluvia. Al amanecer entró a Remagen. Era el 28 de julio de 1.863. Emilia yacía en el ataúd, con su rostro sonrosado y su boca entreabierta. Sólo sus manos eran pálidas como la cera. Se arrodilló junto al féretro largo rato. "¿Qué destino tan inescrutable te llevó a la temprana edad de los 37 años?" tu fuiste una esposa fiel, una madre sin tacha, una cristiana de verdad".

Pasado el funeral Federico se dedicó a sus tareas con renovado entusiasmo, buscando en el trabajo olvidar sus sufrimientos.

Unos días más tarde el Landrat Van Runkel invitó a Federico a visitarlo: "Quiero darle unas vacaciones más largas después de tan rudo golpe", le dijo. Le tendió una carta preguntándole si había oído las noticias: el ferrocarril a través del Westerwald había sido aprobado.

LAS COOPERATIVAS DE AHORRO Y CRÉDITO

Pasaron los años y la existencia de Federico empezaba a ser monótona y aún aburrida. Un día de invierno dos hombres lo esperaban. Se presentaron como secretarios de los municipios de Regsdorf y Ronefeld.

“Perdónenos, señor **Raiffeisen** por interrumpir sus tareas, pero queremos comenzar la fundación de una Cooperativa de Crédito como la de Heddesdorf. Nuestras gentes son tan pobres como las de aquí y pensamos que, estableciendo una organización semejante, podríamos resolver una buena parte de los problemas de la gente necesitada”. Un rayo de esperanza iluminó la ya bastante gris existencia del alcalde: de modo que en otras partes se conoce ya la experiencia de Heddesdorf, pensó ilusionado.

“¿Podemos copiar los estatutos de su organización?”, se aventuró a decir uno de los visitantes. “Preparar unos nuevos sería demasiado trabajo para nosotros”. **Raiffeisen** sacó del armario un ejemplar y se lo dio. “Sin embargo”, dijo, “Será mejor que los acompañe a la asamblea inicial”. Con muestras de inmenso agradecimiento se despidieron y el domingo siguiente **Raiffeisen** fue a Regsdorf en donde unas 30 personas lo esperaban ansiosos por conocer al hombre de las cooperativas de crédito.

Al comenzar la reunión el secretario del municipio solicitó a Federico que dirigiera la asamblea. Este observó el enorme interés con que la gente lo miraba y comenzó diciendo: “Queridos conciudadanos. No vengo a ofreceros un milagro para

desterrar la pobreza sino una herramienta con la cual se puede conseguir la libertad económica a condición de que todos trabajemos unidos. Proporcionando créditos en buenas condiciones a las personas que quieran emplearlos bien, pronto disfrutarán de su trabajo, mejorarán sus niveles de vida y no tendrán que seguir siendo víctimas del usurero y el explotador”.

Federico no era amigo de largos discursos. Inclusive se preguntaba si los oyentes entenderían bien lo que les quería decir. Hizo una pausa y continuó: “La finalidad de la Unión es lanzar lejos los males que se sienten por todas partes y que llegan hasta reducir a mucha gente a penurias lamentables por falta de dinero contante o en crédito”. Una salva de aplausos le cortó el hilo de su discurso y le garantizó que el auditorio comprendía bien lo que le quería decir y que sus frases tocaban fibras bien sentidas, historias bien conocidas y aún vividas. “Sin embargo”, continuó, “La Unión, en sus primeras etapas, debe estar integrada por personas de reconocida solvencia moral y de alguna solvencia económica y que quieran mejorarla por medio del trabajo y del ahorro. Toda persona que quiera ser ayudada debe ser “miembro de la Unión y ser respaldada por una persona con finca raíz y con residencia en la comuna. Quienes tengan una situación económica boyante, pueden participar también de la Unión sirviendo a los fiadores. En esa forma el amor al prójimo será el fundamento de nuestra Unión, pero también el interés personal jugará papel importante como lazo de unión entre unos y otros”. Se sentó y comenzaron las preguntas que Federico iba respondiendo fácilmente. Por fin, una vez entendido claramente el esquema fundamental de la organización, se dio por terminada la asamblea y se formó la Unión.

“Muchos municipios le agradecerían enormemente si usted quisiera hacerlos partícipes de sus ideas”, le dijo al despedirse el secretario. “Envíeme a todo el que quiera seguir su ejemplo y desee informarse sobre los fundamentos de la Unión”, le respondió Federico.

Al poco tiempo nuevas Uniones fueron apareciendo en diferentes municipios, pero sus funciones como alcalde le absorbían todo el tiempo, de modo que sólo los domingos pudo realizar algunas visitas. Ahora ya no buscaba la soledad de los bosques sino las plazas públicas en donde multitudes entusiasmadas lo escuchaban.

Tres años después de que presentara su renuncia, su visita no sólo no mejoraba, sino que iba cada vez peor. En cierta ocasión pasó al lado del Landrat Von Runkel quien le tendió la mano sin que Federico se diera cuenta de quién era. Sólo cuando éste le habló se dio cuenta de que era el Landrat. Este incidente impresionó mucho al Landrat quien pensó que era imposible dejarlo continuar en su oficio por dolorosa que fuera esta determinación. Dependía demasiado de sus secretarios y aún documentos muy confidenciales debían ser leídos por ellos o por su hija Amalia.

Así llegó el fatal día de su destitución. Estaba desayunando cuando llegó el correo. Amalia, que había llegado a ser su brazo derecho, fue abriendo una por una las cartas. Cuando llegó a una procedente de Koblenz y leyó “...en vista del concepto recibido...” se detuvo. “¿Qué es ello, Amalia? Continúa leyendo”, le dijo. “Es una carta procedente de Koblenz para ti, personalmente, padre” “Dime qué quieren de mis esos

señores, ¡hija!” “Ellos Quieren...” Amalia no se atrevía a proseguir. “¿Quieren que me pensione, no es así?”.

Había sucedido lo que temía desde la visita aparentemente rutinaria del Landrat y el último examen médico.

“Tú puedes protestar, padre” le dijo Amalia. “Nadie puede afirmar que hayas descuidado tus deberes de alcalde”. **Raiffeisen** sonrió con amargura. “Mi trabajo como alcalde ha terminado. Un hombre que está casi ciego no puede ser un empleado público”.

La pensión si alcanzaba una cuarta parte de sus ingresos anteriores. Era imposible subsistir con eso. A sus 47 años aún podía reorientar su vida y el Landrat le ofreció un puesto en una empresa en donde no tenía nada que ver con papeles. Federico le contestó que tenía que reflexionar despacio sobre su nueva situación.

Cuando supo su separación de la alcaldía su cuñado, el pastor Renkhoff, vino a verlo: “Ahora está usted libre para dedicarse por entero a impulsar las Uniones de Crédito”. “Las Uniones de Crédito no son un negocio; deben ser manejadas por voluntarios”, afirmó enfáticamente **Raiffeisen**. “No quiero decir que usted viva de ellas, sino que ahora tendrá más tiempo para impulsarlas”, le respondió el pastor. En el fondo Federico sentía que esa era su misión, pero no veía cómo compaginar ese trabajo con la obligación de sostener el hogar.

El dueño de una pequeña fábrica de tabacos de ofreció vendérsela pues sus años no le permitían continuar al frente de ella. Federico estudió los libros de contabilidad y constató que difícilmente podría dar

para sostener su familia y pagar la deuda. Sin embargo, aceptó presionado por el dueño, pero pronto vio que el negocio apenas daba para pagar los intereses de la deuda contraída para comprar la fábrica y para pagar los empleados. ¡El fundador de las cooperativas de crédito convertido en un modesto comerciante!

Todos los días llegaban cartas pidiéndole visitas, informes, planteándole consultas: ¿Qué debemos hacer para organizar una cooperativa de acuerdo con su sistema? ¡Ayúdenos! Oriéntenos.

La bancarrota de la fábrica se vino y **Raiffeisen** se vio obligado a venderla a menos precio. Federico era un gran organizador, pero siempre había puesto estas habilidades al servicio de los demás. Ahora tenía que ponerlas a su propio servicio y al de su familia.

La usura había invadido el negocio del vino. Los productores recibían precios irrisorios y los dueños de expendios lo tenían que vender a precios altos, porque entre productores y vendedores al público, existía una cadena de intermediarios ávidos de lucro fácil. Federico tenía relaciones con cultivadores y procesadores de uva y montó un negocio de venta de vinos que bien pronto fue tan floreciente que los sacó de sus apuros económicos.

Sus dolores de cabeza aumentaron. Tenía que dejar el trabajo días enteros, pero su hija, Amalia, a la sazón de 21 años, echó sobre sus hombros buena parte de este.

Un día, cuando el negocio estaba bien boyante, Amalia se acercó a su padre y le dijo: "Gracias a Dios ya no me necesitas, padre". **Raiffeisen** se sorprendió. "¿Qué quieres decir con eso, Amalia?" le preguntó.

Ella no esperaba tal reacción, pues Federico se había puesto pálido y se notaba que el dolor de cabeza lo golpeaba fuertemente. Amalia no respondió. Salió corriendo a la calle en donde tenía cita con su prometido. Llorando a mares, se echó en sus brazos sollozando. "Heinrich querido, ¿Qué debo hacer?". Se habían visto varias veces desde hacía algún tiempo y el le había propuesto formalmente matrimonio.

Una lucha terrible entre el deseo de formar su propio hogar con el hombre de sus sueños y el deber de ayudar a su padre se entabló en su interior. Veía a su papá, tal como lo había dejado: pálido, con ese gesto de dolor y de angustia y sin nadie que le tendiera la mano. Su hermano Rodolfo, después de la muerte de su madre, observaba un comportamiento cada vez peor hasta que por fin se fue a Colonia a trabajar en una empresa comercial. Sus otras hermanas eran demasiado pequeñas e inexpertas aún. En el terrible dilema de continuar sirviendo a su padre o aceptar los reclamos de su corazón, triunfó, por fin, lo primero. La formación cristiana: "Honra a tu padre y a tu madre", se impuso sobre los impulsos del corazón.

Cuando Amalia regresó a su casa había recuperado completamente el control. Le contó todo a su padre y éste enternecedor diálogo se entabló entre ellos: "Yo no quiero acapararte, mi niña, pero no tengo qué decirte lo que sucedería si te fueras", le dijo Federico. "Yo no te abandonaré nunca porque eres el mejor de los papás". Respondió ella echándose en sus brazos. "Quizás cuando Bertha termine sus estudios podrá remplazarte". Con esta vaga esperanza se dio por terminado el asunto. Seis meses más tarde Heinrich Greber dio por terminadas sus relaciones con Amalia porque no podía esperar más y poco después contrajo matrimonio.

Desde que se quitó de encima el problema de la fábrica de cigarros y el negocio del vino caminó sobre ruedas, Federico Guillermo pudo dedicarle más tiempo a la expansión de las Cooperativas de Crédito. Viajó por muchas partes, conversó con secretarios y alcaldes, agricultores y obreros. Todos escuchaban las exposiciones convincentes de Federico y sentían que sus ideas eran como algo que hacía tiempo estaban esperando para solucionar problemas sentidos y urgentes.

En cierta ocasión regresaba de un viaje en compañía del maestro de escuela, Lauff. "Será necesario que nos dividamos en muchas partes para poder estar en todas ellas al tiempo y así poder atender tantas solicitudes", decía Federico. En ese momento al maestro se le ocurrió algo: "Si al menos el pueblo pudiera leer sus ideas...". Leer mis ideas, leer... Esto llamó la atención a Federico. Debería escribir un libro. ¡Claro! ¡Debo escribir un libro!

Un año más tarde el libro estaba escrito. Su título era bien largo: "Las Cooperativas de Crédito como remedio para la pobreza de los trabajadores industriales y rurales y para los artesanos". En él relataba todas sus experiencias: La hambruna del 46-47, el remate de la finca de Penkhof, el expresidiario Tomás Wendt. Escuchó sus propias palabras: iré a los caminos y recogeré a los ciegos, a los lisiados...*No caridad sino mutua ayuda; todos para uno y uno para todos.*

Levantando el volumen en la mano en presencia de Lauff y Renkhoff exclamó: "Veinte años de mi vida encerrados entre las dos pastas de un libro!". El maestro Lauff añadió: "A través de las páginas de este

libro sus ideas llegarán a miles de personas. Vivirán cuando ninguno de nosotros exista ya”.

Cuando estuvo sólo con su hija le manifestó: “Sin ti, Amalia, este libro jamás se hubiera escrito”. Amalia le aconsejó tomarse un buen descanso y efectivamente Federico se fue a la cuna de sus ancestros la primera ciudad imperial de Hall. No solo disfrutó de sus paisajes y soñó con sus antepasados, sino que encontró una mujer viuda, que al primer intercambio de palabras ya le pareció familiar: La señora María Panserot. Así nació un tardío amor entre estos dos seres que se comprendieron desde el primer momento. Amalia recibió con enorme cariño a la señora y después de un corto noviazgo, a los 50 años, Federico celebró su segunda boda.

La vida de Federico fue un oasis de paz, a pesar del problema con sus ojos. El libro tuvo una gran acogida en toda Alemania. Continuamente recibía cartas de agradecimiento de gente que había entendido y puesto en práctica sus ideas y se habían liberado de la pobreza por medio de las Cooperativas de Crédito.

Escucha esto, padre, le dijo en cierta ocasión Amalia. La Gran Unión de Agricultores de Prusia comienza a encontrar interesantes tus ideas. Su secretario general Thilmany escribe: “El problema álgido a que se veían abocados los agricultores queda resuelto exitosamente, con este tipo de organizaciones”.

Más tarde vino una segunda edición de su libro y de Baviera, Alsacia y otras provincias de pidieron a su autor que los visitara. Largos viajes, días enteros atendiendo la correspondencia, eran las ocupaciones

ordinarias de Federico, amén de ratos de serenas alegrías en el hogar.

Sólo una noticia alteró una vez esa paz. Le llegó un volumen cuyo título era: "Anotaciones sobre la Naturaleza de la Cooperación". Su autor era el diputado Schulze Delitzsch y era fundador de las Cooperativas de Crédito para defender a los artesanos de los industriales. Varias eran las diferencias entre estos dos tipos de cooperativas: Las cooperativas de Schulze daban crédito a corto plazo, tres meses, pues el dinero en la industria gira rápidamente, mientras en las de **Raiffeisen** los plazos eran de 5 a 10 años ya que esto era lo que necesitaban los campesinos. El respaldo ilimitado y conjunto de las cooperativas de **Raiffeisen** le parecía absurdo a Schulze. El trabajo voluntario era otro punto de discordia y lo mismo la distribución de los excedentes entre los socios que para Schulze era lícito mientras **Raiffeisen** no lo admitía.

Una larga disputa se formó en torno a estos dos tipos de organizaciones. Federico prefirió guardar silencio en torno a las opiniones expresadas, a veces en forma dura, contra sus organizaciones. Más bien el presidente Thilmany rompió lanzas con Schulze, a favor de las cooperativas de **Raiffeisen**: "Aunque las Cooperativas de Crédito parezcan basadas en principios falsos, para los miembros de las organizaciones agrícolas que han apreciado sus efectos saludables, tienen muy diferente sentido".

Aún en Koblenz un señor, Regierungsrat Noll escribió: "Un tal sistema, (el de las cooperativas **Raiffeisen**) teóricamente insostenible y prácticamente desastroso, debe ser, obviamente, repudiado...". **Raiffeisen** guardó nuevamente silencio, pero sus amigos terciaron en la disputa y

durante un año entero se discutió acrememente el tema. Se suscitó una reunión presidida por el mismo Federico en la que éste manifestó: "Mis esfuerzos se han dirigido a un solo fin: liberar a las gentes del campo de la usura. Para alcanzar tal propósito el dinero es solo un medio, no un fin en sí mismo. No busco una manera de hacer dinero; busco la liberación integral de los campesinos".

Alguien se atrevió a decir que lo que reclamaba Federico era ser reconocido como el padre del sistema cooperativo, contra lo cual éste reaccionó fuertemente y replicó: "Yo no reclamo absolutamente nada!". Con esta pública renuncia a la paternidad del sistema se acallaron los opositores y la asamblea pudo concluirse.

En medio de esas recias luchas Federico continuaba su labor de llevar sus ideas allí a donde las solicitaban. Un cierto día dijo a su esposa María y a su hija Amalia: "Voy a ausentarme durante algunos días. Efectivamente se fue a Westerwald. Cuando dejó el valle del Rhin, todos los recuerdos del pasado vinieron a su mente: los tormentosos años de Weyerbusch y Flammerdfeld; Emilia y sus niños, la "Unión del pan". A su alrededor la primavera cantaba y florecía. Los labradores guiaban sus arados y rastrillos silbando alegremente; sus rostros eran alegres y joviales. La vida continuaba siendo dura, pero había renacido la esperanza.

Pero su viaje no era para recordar románticamente el pasado; una nueva idea estaba en primavera en su mente: se había percatado de que muchas cooperativas de crédito tenían más dinero que el necesario para prestar sus servicios, mientras otras, especialmente las más nuevas, carecían de recursos suficientes. Además, se habían presentado algunas

dificultades cuando los dueños del dinero lo reclamaban de un momento a otro.

Era indispensable fundar una oficina central o banco o cooperativa superior, que mantuviera el equilibrio entre las cooperativas con sobrantes de dinero u aquellas en las que escaseaba éste. ¿Pero, quienes serían los socios de esta nueva organización? Todas las cooperativas se debían integrar en esta nueva sociedad.

Unos días después, Federico regresaba a Neuwied con el esquema de la nueva sociedad claramente diseñado. Inmediatamente empezaron a volar cartas a las cooperativas de crédito y a los amigos, y para mayo de 1869 la creación de la primera Central de crédito fue una realidad.

El futurista esquema de **Raiffeisen** encontró plena justificación en poco tiempo. Además de la Unión Central del Rhin, se crearon la de Hesse y la de Westfalia. Pero la mente de Federico no descansaba. Ante la afirmación de su amigo Rudolf Wiedenhammer de que su trabajo había sido exitosamente concluido, Federico afirmó: "Está equivocado: todas estas Uniones Centrales y muchas otras que nacerán luego, deberán coordinarse entre sí para formar el Banco General de la agricultura".

Sus ojos se habían extinguido prácticamente y Amalia le servía de lazarillo, le indicaba dónde debía firmar y le leía la voluminosa correspondencia.

Un día se quedó pensativo unto a la ventana: "Amalia, tú serás la primera en conocer mi nueva idea: con el Banco General se podrá crear una sociedad de Seguros para la Agricultura que ampare a los campesinos contra las inclemencias de las lluvias,

del granizo, del fuego. Las primas que se pagarán por los seguros aumentarán, a su vez, el capital del Banco.

Unos meses más tarde el Banco General para la Agricultura se creó en Neuwied. Era el año de 1870. La compañía de Seguros tuvo dificultades para ser aprobada por el gobierno, pero más tarde fue una exitosa realidad.

Las cooperativas eran ya más de cien en el valle del Rin y florecían en otras partes de Alemania y aún en Prusia. Sin embargo, esperaba a Federico la más dura de las tormentas: se atacó su obra en el mismo Reichstag.

Sus seguidores y amigos lo pusieron al corriente: "Se solicita nada menos que la prohibición y liquidación de nuestras cooperativas", le dijeron. Federico tembló, pero su entereza de ánimo no le abandonaba: "Todas las cooperativas están abiertas a la investigación. No tenemos nada que ocultar, a nadie hemos engañado".

El gobierno tomó cartas en el asunto y nombró una comisión para que recogiera toda la información posible y emitiera un juicio. Federico se alegró de tal decisión: "... cualquier investigación sólo servirá para fortalecernos", decía a sus amigos.

La comisión integrada por tres expertos banqueros trabajó seriamente y al final emitió su concepto: "... sin género de duda debemos afirmar desde un principio que los efectos generales han sido extraordinariamente benéficos y han contribuido excepcionalmente a remediar la trágica situación de endeudamiento de los pequeños agricultores que forman la mayoría de los socios de las cooperativas...

Sería de desear que el sistema se desarrollara con más vigor...”.

El informe fue leído íntegramente en casa de Federico y en presencia de un nutrido grupo de amigos venidos aún de Berlín. “Se ha salvado tu trabajo, ipadre Raiffeisen!”, exclamó el pastor Renkhof.

Sin embargo, el ataque en el Reichstag dejó algunas secuelas: se criticaba que los socios del banco no fueran personas naturales sino grupos de gentes organizados en cooperativas de base y se decía que no existían las seguridades necesarias para proteger las inversiones individuales o acciones. Por eso, y después de una tumultuosa asamblea presidida por **Raiffeisen**, el Banco General para la Agricultura fue disuelto.

Según Federico, el movimiento de cooperativas sin el banco era como un cuerpo sin cabeza. Por eso se recomendó el trabajo con las cooperativas del Rhin que eran más fieles a las ideas de Federico y, finalmente, se decidió conformar un Departamento Legal para asesorar a las cooperativas en sus problemas con el gobierno, pero, además, según los estatutos elaborados por el mismo Federico, podría organizar la compra de diferentes artículos necesarios para el buen funcionamiento de las cooperativas y aún para los socios individualmente considerados, lo mismo que el mercadeo de productos. **Raiffeisen** pensó también en las cooperativas con múltiples propósitos en donde los campesinos podían hacer todas sus operaciones en un mismo sitio.

También la idea de la compañía de seguros para los agricultores al fin se abrió paso. Pero hubo un punto en el cual Federico puso especial énfasis y fue el de la auditoría: Esta misión fue confiada al

Departamento Legal, como entidad diferente a las cooperativas y que las controlaría, además de asistirles en sus problemas de orden jurídico.

Profundamente respetado y aclamado como el padre del movimiento cooperativo, Federico murió el 22 de marzo de 1888 en Heddersdorf.

EL COOPERATIVISMO DE AHORRO Y CRÉDITO EN TODO EL MUNDO

Un año después de la muerte de Federico Guillermo, el gobierno alemán expidió la ley cooperativa. Basada en las experiencias que el movimiento había ya adquirido, fue tan certeramente trazada que aún hoy día está vigente con ligeras modificaciones. Da la posibilidad de crear cooperativas con responsabilidad limitada, también regula la creación de cooperativas centrales e impone como obligatoria la auditoría.

Durante la crisis de 1930-31, también las cooperativas fueron fuertemente sacudidas por ella, pero se comprobó que la auditoría jugaba un papel bien importante. Sobre todo, se vio que las cooperativas afiliadas a las Asociaciones de Auditores sorteaban mucho mejor el temporal que las que no eran miembros de estas. La razón era que las que contrataban auditorías por fuera de las Asociaciones estaban expuestas a que tal auditoría no fuera lo suficientemente técnica o fuera muy complaciente. Por eso, una norma legal fue expedida en 1934 que obliga a todas las cooperativas a tomar la auditoría en las Asociaciones.

El crecimiento de las cooperativas se puede considerar lento en su primera década de existencia. En las cuatro décadas siguientes aumentaron a razón de casi 10.000 por década. Por eso, en 1.938 la Unión Federal Alemana de Cooperativas Agrícolas contaba con 40.000 cooperativas de base, 21 Asociaciones de Auditoría, 25 Bancos Centrales, 24 Cooperativas Centrales, 56 Centros de Mercadeo, 29 Centrales de otras clases y 30 Centros Federales.

Una furiosa tempestad se les vino encima en 1934 cuando el Estado Alemán se convirtió en una especie de estado dictatorial que limitó enormemente la autodeterminación administrativa de las cooperativas, reemplazándola por un intervencionismo estatal. Vino luego la 2ª. Guerra europea y en 1.945 Alemania fue dividida en dos; la parte oriental quedó bajo un régimen socialista que dificultaba grandemente la autodeterminación de las empresas cooperativas. En la parte occidental han seguido impulsándose fuertemente el sistema. En 1.948 se creó la Unión Alemana **Raiffeisen** con sede en Bonn y como instituto líder de las cooperativas rurales.

El formidable desarrollo de la economía alemana de los últimos años también ha impactado el desarrollo de las cooperativas. Se puede observar que son menos en número, pero sus miembros son muchos más y su eficiencia se acredita día a día. En los años 70, se efectuó la fusión de las cooperativas de crédito que se inspiran en los principios de **Raiffeisen**, con el movimiento que se inspira en los principios de Schulze Delitzch, otro gran propulsor de los bancos populares y que lleva su nombre. Esta fusión contribuyó a fortalecer la imagen del cooperativismo de crédito de Alemania. La organización se denomina "Bundesverband der Deutschen Volksbanken und Raiffeisenbanken".

Con el propósito de promover la difusión de las ideas de esfuerzo propio preconizadas por F. G. **Raiffeisen**, se organizó la Unión Internacional **Raiffeisen** (U.R.I). se fundó en 1.968 y contaba en 1.987 con afiliaciones de 42 países.

La organización cooperativa, en su conjunto, tiene tres niveles: aproximadamente hay 9.300 cooperativas primarias que operan a nivel local. En un segundo nivel están 75 Centros Comerciales que operan a nivel regional y 32 Centros Federales e Institutos Especiales que se encargan de las operaciones que no pueden ejecutar las cooperativas primarias. En total, los miembros llegan a once y medio millones.

Pero el movimiento cooperativo de crédito no se limita a Alemania: actualmente está difundido por todo el mundo, incluso los países socialistas. Estos someros datos dan una idea de su cubrimiento.

En 1.916 en Rusia habían más de 11.000 cooperativas de tipo **Raiffeisen**. Aunque la revolución comunista introdujo la intervención fuerte del Estado, el mismo Lenin era partidario de fortalecer estas empresas. En 1.926 en Rumania se formó la Federación de Cooperativas **Raiffeisen** que contó con la afiliación de 270 organizaciones y más de 26.000 socios. En Checoslovaquia, en 1.924, había 4.000 bancos de ahorro Raiffeisen y en Bulgaria la primera cooperativa de crédito fue creada en 1.896.

DATOS DESTACADOS DE ALGUNOS DE LOS MOVIMIENTOS NACIONALES:

Más del 12 % de la población mundial es cooperativista de alguna de los 3 millones de cooperativas del planeta que generan unos ingresos de aproximadamente 2,035 billones de dólares, al mismo tiempo que suministran los servicios y las infraestructuras que la sociedad necesita para prosperar.

De acuerdo con el World Cooperative Monitor (2019), as 300 empresas cooperativas y mutuales más importantes del mundo suman un volumen de negocio de 2,035 billones de dólares.

Las cooperativas proporcionan empleo al 10 % de la población empleada como empresas propiedad de sus miembros, dirigidas por ellos y al servicio de estos, las cooperativas empoderan a las personas para que logren sus aspiraciones económicas colectivamente, al mismo tiempo que refuerzan su capital social y humano y desarrollan sus comunidades.

Actualmente, la Alianza Cooperativa Internacional es una de las organizaciones no gubernamentales más grandes del mundo en términos del número de personas a las que representa: más de 1000 millones de miembros cooperativos de los 3 millones de cooperativas en el mundo.

En Bélgica, la primera cooperativa se fundó en 1.892. Ahora hay 395 de base, un Banco Central y aproximadamente 193.500 socios.

En Francia son unas 3.000 las cooperativas locales con 4 millones de miembros.

En Holanda, la primera cooperativa se fundó en 1.877 y ahora existen 950 cooperativas primarias y el Rabobank que centraliza el movimiento, cuenta con unos 880.000 asociados.

En Suecia hay 393 cooperativas locales con 478.000 miembros y un Banco Federal Cooperativo. En Luxemburgo hay un Banco Central **Raiffeisen** con 103 cooperativas miembros. En Suiza la primera cooperativa fue fundada en 1.899 y la Unión Suiza de Bancos **Raiffeisen** fundada en 1.902 aún existe. Hay 1.215 cooperativas locales con más de 287.000 socios.

En Austria hay unas 873 cooperativas con 1.591 sucursales y aproximadamente 2.100.000 miembros afiliados a la Federación Austríaca **Raiffeisen**, que ofrecen una gama de servicios financieros. A nivel provincial, ocho organismos bancarios atienden las necesidades de las cooperativas con un banco central en Viena.

En el Japón hay 7.800 cooperativas con 8 millones de afiliados. Estas cooperativas son en su mayoría de múltiples servicios.

En África se estima que hay unas 17.000 cooperativas de tipo **Raiffeisen** con 3.8 millones de socios.

En los Estados Unidos de Norteamérica, el movimiento de las cooperativas de crédito con el nombre de Credit Union National Association (CUNA) promovido por Eduardo Filene y Roy Bergengren, a finales de 1.987 siguiendo las pautas de **Raiffeisen**, agrupaba 14.855 cooperativas de crédito con 50'125.929 asociados que

tenían depositados ahorros por la suma de 148.820'186.200 dólares y una cartera de préstamos de 99.589'348.897 dólares; reservas 6.683'593.368 dólares y un total de activos por 163.014'472.401 dólares.

Otro movimiento de considerable importancia es el de Canadá, país en el cual se distinguen dos grandes grupos. El que sigue los lineamientos de las Credit Unions con 1.497 cooperativas y 4.206.800 asociados.

El otro grupo que se denomina Desjardins, iniciado en 1.900 por Alfonso Desjardins, y se desarrolló en la Provincia de Quebec, a finales de 1.987, agrupaba 1.340 cooperativas de crédito.

En Colombia el sector de las cooperativas de ahorro y crédito es el mayor crecimiento y pujanza. Antes de la expedición de la ley 134 de 1.931, se habían hecho algunas experiencias por personas que conocieron el movimiento en Europa. Con base en la referida Ley, se establecieron las primeras reglamentaciones y se inició la formación de las primeras cooperativas, pero fue con la organización de la Unión cooperativa Nacional de Ahorro y Crédito (UCONAL) en 1.959, cuando comenzó el mayor impulso al desarrollo del cooperativismo en este país.

Posteriormente otros organismos de grado superior, como la Central Cooperativa de Crédito y Desarrollo Social (COOPDESARROLLO) en 1.962 y luego el instituto de Financiamiento Cooperativo (FINANCIACOOP) en 1.968, también dieron impulso a este movimiento de las cooperativas de ahorro y crédito.

Este enorme y rápido crecimiento de estas organizaciones es debido indudablemente a que su

filosofía se fundamenta en tres principios básicos planteados por **Raiffeisen** y que son **Mutua ayuda, autoadministración y responsabilidades compartidas**. Siendo así que estos principios son políticamente neutrales y no pertenecen exclusivamente a ningún credo religioso ni en su esencia ni en su aplicación práctica, indudablemente este hecho rompió todas las fronteras y propició la expansión por todo el mundo.

Este formidable movimiento se debe en buena parte, a ese genial alcalde rural que se atrevió a desafiar la pobreza en que vivían sus conciudadanos y nos legó, no solo su ejemplo de administración pulcro y honesto, sino, además, su virtud de defensor de los débiles y organizador de la comunidad, para progresar mediante la cooperativa de crédito como uno de los mejores instrumentos para elevar sus niveles de vida social y económica. Los principios y normas básicas que nos dejara Federico G. **Raiffeisen** continúan vigentes.

EL LEGADO



Raiffeisen, al igual que los pioneros de Roschsdale fueron hombres y mujeres con una conciencia del valor de la comunidad muy avanzada y honesta. Entendieron que la vida tiene leyes inviolables que afectan de manera natural a todos los seres humanos en todas las latitudes, el tiempo y la vida variables que se mueven como boomerang y te devuelven siempre lo que les entregues.

Un ser social como **Raiffeisen**, logra entender que el tiempo pasa muy rapido, por tanto no somos eternos, no existen depositos despues de la muerte para llevar los tesoros de este mundo. No importa si naciste en noble cuna o en el rincon mas miserable del mundo el caminos es el mismo y cada ser define como avanza en el camino, unos se llenan de gloria y otros eligen pasar ebrios de los placeres sencillos o los vicios, la eleccion es personal. La riqueza al final del camino no es lo que tienes sino la conciencia de lo que no te hace falta.

Raiffeisen descubrio hermosamente en su vida la gran felicidad que se encuentra en el dar y una sensibilidad personal sobre su mision personal, pues

es delicioso ver como actuaba ante cada situación que la vida le planteo. Por su posición pudo haber pasado como como los miles de millones de alcaldes de todos los rincones del mundo que han pasado sin pena ni gloria por sus despachos, seres sin conciencia de trascendencia y sin una misión personal clara como seres humanos y líderes. La generosidad genera más beneficios en los hombres que todas sus posesiones y su posición en la sociedad. Quiero traer al escenario a Rudolf Virchow (1821-1902). Aquel que dijo que "La medicina es una ciencia social y la política no es más que medicina en una escala más amplia", es una frase espectacular que nos lega este parlamentario Alemán que además de haber sido un gran médico y pensador político logro traernos a la realidad la conciencia de las cosas pequeñas que son grandes para las personas más sencillas de una sociedad. Piensa que solo eres conciente del dedo pequeño del pie izquierdo el día que lo golpeas contra el borde de una mesa, ese tipo de reflexión alimento el pensamiento de Virchow para lograr establecer un vínculo entre su condición de médico, donde también fue brillante y hoy en día es referente de conocimiento por sus descubrimientos y el comportamiento social en lo que concluyo la importancia de priorizar en la sociedad un diagnóstico médico que le permitiera analizar los síntomas y tener un diagnóstico adecuado. Que importante y trascendental es hacer un puente cuando tu gente muere por falta de agua potable. El secreto es siempre es estar pendiente del dedo pequeño del pie izquierdo.

BIBLIOGRAFIA

Wilmer Chaves Tovar, "HACIA UN VALLE SOLIDARIO"
2003

BRAUMANN, FRANZ. "A man conquers poverty".
1.959-CUNA.

HEINS, JURGEN. Secretario de la Unión Internacional
Raiffeisen (I R U) Reseña histórica. 1.987.

Wilmer Chaves Tovar, "Educación Cooperativa" 2003

HAAN WILLI. Representante de la Fundación Friedrich
Ebert, en Alemania y para Colombia, Servicio de
Desarrollo y Consultoría para el sector Cooperativo y
De Microempresas, SEDECOM. Conferencia sobre la
Banca Cooperativa en Alemania. 1.988.

Wilmer Chaves Tovar "Lecturas Obligadas en tiempos
de Oportunidades CTA en Colombia" 2004

CONSEJO MUNDIAL DE LAS COOPERATIVAS (WOCCU)
Memoria. 1.987

DANCOOP. Informaciones estadísticas. 1.988 y marzo
1.989.

UCONAL. El hombre que venció la pobreza

COOPDESARROLLO. Historia de una gran Empresa.
1.987.



pmwilmerchaves@gmail.com